Páginas de Amor

Jinesta

897.286
J615p

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

897.286
J615p

Páginas de Amor

POR

RICARDO JINESTA

FALCÒ Y BORRASÈ
EDITORES
1919

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

Páginas de Amor

POR

RICARDO JINESTA

FALCÓ Y BORRASÉ
EDITORES
1919

ÍNDICE

Págs.

CUENTOS

La honra..... 5

La paz..... 10

Axi e Istaro..... 13

Fiebre de las almas..... 22

La sarda..... 28

NOVELA CORTA

El fracaso 31

DRAMA

La mueca del destino..... 75

453699

897.286
J615

LA HONRA

Varios jóvenes se apartaron de la acera para que pasara una damita gentil. Era alta, delgada, bonita, de gracioso andar. Su cuerpo flexible, dejaba adivinar líneas impecables. Cuello sensual tenía, oculto a veces por unos cabellos rubios que se agitaban con estudiado desorden. Su faz, excesivamente pálida, acusaba muchos pesares. Al cruzar la calle, bajó la vista obligada por los jueces de la moda que la asesinaban a miradas. El eco de un murmullo cruel llegó a sus oídos; pero cuando logró verse lejos, respiró a satisfacción, y alzó los ojos humedecidos por el llanto que con dificultad contenía.

De seguro la acongojaban los comentarios que de ella habían hecho al pasar; eso era para morirse de pena. Porque no cabía duda: en medio de su turbación pudo notar que todos la miraban y con indigna crueldad volvíanse después para sonreir. ¿Qué ocurría? ¿Por qué ese insistente mirar del público? ¿Qué despertaba la curiosidad de todos? ¿Por qué temblaba la niña y se apenaba al andar por la calle?

La joven era víctima del escándalo. Mucho se

decía de ella. Se hacían severos comentarios a cada paso, con lujo de detalles. La deshonra amenazaba romper las alas de su espíritu, que no podía más con tanta pena. Y los rumores aumentaban sin que pudiera esperarse prontamente el olvido de su persona. Al contrario, sus rivales, que se decían amigas, procuraban mantener abierta la herida de su corazón: unas, porque envidiaban su belleza; otras, porque, no gozando de buen crédito, deseaban compañeras de infortunio; y las más, por salpicar de interés la conversación de los salones. Lo cierto es que la niña había caído a los ojos de la gente, y muchos galanes se abstenían de saludarla en pùblico, y la miraban con desprecio.

Su novio, un joven de fortuna y que gozaba de buena posición social, se había alejado porque no quería sufrir la burla de la gente y todos los resultados del escándalo.

La damita muy pronto se dió cuenta de que las amigas abandonaban su compañía. Su casa, animada de contínuo por la charla de numerosos visitantes, tenía ahora el aspecto de un cementerio. Crecían los cardos en lugar de las rosas. La alegría había desaparecido de esa familia, formada sólo por tres hermanas, una de las cuales era devorada cruelmente por la crítica. La pobreza ayudaba a que con mayor facilidad se extendieran las sombras del desprestigio. Era menester, pues, privarse de toda clase de reuniones sociales, y sufrir las consecuencias de una reputación perdida.

Veíase la niña despreciada y humillada. Sabía que el público hablaba de su maldad. Y esa situación

pronto quebrantó su salud. Una tristeza muy grande la embargaba. Huía de la luz, como si la luz la insultase. Buscaba las sombras, porque estaban en armonía con el pesar que le producía irse al abismo, llevándose a sus hermanas.

No obstante ese vivir desdichado, alguien había que no se apartaba de las jóvenes. Les quedaba una amistad sincera, sin dobleces: la de un mozo que vivía en la vecindad. Éste era pobre, de excelente familia, de porvenir, y, sobre todo, de corazón preparado para el bien. No cambiaba en las relaciones con sus amigas, antes tan felices, ahora tan desdichadas. Y en esa oportunidad, comprendiendo que era la ocasión de significarles su simpatía, trataba por cuantos medios tenía a mano, de atenuar la deshonra que se pregonaba. Podrá haber caído,--se decía cuando pensaba en su amiga--; pero no hay maldad de parte de ella. Es buena, angelical mujer. La han arrastrado al fango, pero su alma está por encima de toda culpa.

La verdad es que él gustaba de la niña desde hacía tiempos. Juntos crecieron, y uno al lado del otro compartieron las alegrías de la niñez; sabía de sus pesares, la comprendía. Cuando estalló la tempestad, y la deshonra fustigó a esa damita, se dió cuenta de que lo que él consideraba como un aprecio casi fraternal, era un cariño más dulce, un amor grande y puro. Esa mujer le satisfacía, porque era mucho lo que ahora le preocupaba. Al verla caída, más se avivaba su afecto, y consideraba que por ella sufriría la burla del público. A sus ojos, ella sola valía más que toda una multitud que no

tenía piedad de un ser que se marchitaba en la amargura. Sabía amar a esa mujer y no miraba en derredor; sólo ella vivía en su pensamiento. ¡Si él hubiera escuchado antes a su corazón....! Así es a veces de raro y misterioso el amor. Despierta con frecuencia cuando se ha perdido al ser querido. Él, no hay duda, se hallaba dispuesto a sacrificar su vanidad por esa mujer, a quien perdonaba de todo corazón.

Y tomó una resolución. Hizo números que no dejaba elevar su pobreza, imaginó mil proyectos amables, y al fin, escribió a la joven una carta llena de sinceridad y de ternura, mostrando su pasión, inspirada en sentimientos nobles, y ofreciéndole su mano para iniciar una vida nueva, no obstante lo ocurrido. Del dolor se pasaría a la felicidad, perdonando para olvidar, y después de haber purificado las almas en el amor.

Con gran sorpresa del joven el ofrecimiento no fué aceptado, no obstante lo salvador que era y la nobleza con que se presentaba. La niña agradeció tan generoso desprendimiento y el porvenir que se le brindaba, pero tuvo la entereza de rechazarlo porque no quería manchar con su deshonra el corazón de su aliado. La noticia fué pronto del dominio público. Nadie se explicaba la negativa.

La enfermedad de la víctima se acentuaba. A ella le faltaba salud para soportar un quebranto moral tan fuerte. Las atenciones de los médicos y de su familia, fueron infructuosas. Y una noche, la niña, rodeada de sus dos hermanas que la abrazaban con desesperación, se fué para siempre, pero eso sí,

muy tranquila, con serenidad de ángel, porque había paz en su conciencia.

* * *

Con la muerte, vino una revelación salvadora. La gente supo que la niña era inocente y pura. Su honra se proclamó. Había conquistado el honor a cambio de su vida. Su virtud brillaba de nuevo, después de haber sido arrastrada por el decir de las gentes, que muchas veces pregona el falso crimen de los demás para encubrir la propia deshonra.

A más de eso, a una vecina que últimamente la había despreciado, manos infantiles la acariciarían muy pronto....

LA PAZ

El estudiante llegó a la orilla del Canal. ¡El Canal de Panamá! Sus ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar esa obra gigantesca que la noche llenaba de misterio.

Ya estaba en el lugar deseado. ¡Qué importaba la fatiga! El joven se hallaba abstraído admirando las aguas que se deshacían en espuma a sus pies. Tras las sombras se adivinaban inmensas maquinarias. ¡Qué delicia! Allí el luminoso sonreir de los astros. Allí brisa perfumada, que despertaba en su imaginación pensamientos gratos. Allí pájaros. Allí soledad. Allí ensueño. En el abismo, cuchicheos de ninfas trasnochadoras y alegres. En el cielo, la solemnidad augusta de lo desconocido.

Vagaban en la mente del mancebo mil preocupaciones. ¡Cuánto esfuerzo humano empleado con provecho! ¡Cuántas vidas ofrendadas para lograr la unión de los mares! Pero ¡qué importa!,—pensaba—. Ninguna conquista, ya en lo material, ya en lo espiritual, se alcanza sin un poco de heroicidad. La naturaleza exige algo a cambio de lo que nos da. Si cortamos una rosa, nos roba una gota de

sangre. Si sorprendemos una idea, nos quita un poco de quietud. Si se desea la fraternidad, deben buscarse tormentos para que el dolor opere el milagro. Cuando se persigue el éxito, se ofrecen lágrimas y quebrantos. No se recibe el triunfo sin amarguras. Al nacer la ilusión, brota a la par la flor roja del sacrificio. Por eso, acariciar una esperanza, es tener también un puñal junto al corazón.

El estudiante se tendió en el césped. Y soñó....

* * *

Sombras, truenos, voces misteriosas....

Los dos océanos corrían a encontrarse. Aquí, oquedades misteriosas; allá, pequeñas olas que mecían en sus espaldas delicados cortinajes de algas. Los brazos de los mares, encerrados en el estuche preparado por el esfuerzo humano, se extendían como queriendo unirse en un eterno abrazo. De un lado, el Atlántico, que duerme en las hermosas gibas del continente, con sus progresos, sus conquistas, su comercio y sus guerras. Del otro, el Pacífico, con sus paisajes tristes, y sus retrocesos, y sus maderas perfumadas.

A merced de las aguas iba un tronco cubierto de algas y parásitas. Semejaba un gigante, con melena verde, que el viento peinaba mientras huía entonando himnos al progreso. Una parvada de nerviosas golondrinas fué a posarse en el madero.

Los dos colosos se aproximaron. Irradiaciones de luz, montañas de agua, ruídos cavernosos, flores de espuma que se marchitaban en las rocas. Los mares se juntaron al fin. Diéronse el beso eterno que la constancia preparó. Beso de ternura

y ensueño; de triunfo y locura. Iras, bondades, ideas, sonrisas, lágrimas de millones de seres transformándose en un nuevo y fecundo amor. Fué una comunión de ensueño, una purificación de ideales.

Con el encuentro de los mares, el hogar de los pájaros tembló. Muchas flores cayeron al agua embalsamándola con sus aromas. Una ola mecía en sus espaldas sedosas el altar de flores y plumas, de perfumes y cantos. Los débiles pilotos adivinaron el peligro. El tronco desapareció, y con él, la pesadilla de locos combates, mientras volaban hacia el cielo las golondrinas, ofreciendo un canto de tranquilidad y satisfacción, de piedad y amor, de dulzura y esperanza....!

* * *

El despertar fué muy grato.

La mañana, hermosa; las aguas, tranquilas. Mucha luz en el firmamento; mariposas de ilusión en las cosas.

Los fuertes del Canal, en el Atlántico, contestaban el saludo a majestuosas naves, llenas de banderas y de luces, que anunciaban la hora de la paz universal. Después de la más terrible de las guerras, la concordia definitiva entre los hombres!

AXI E ISTARO

En la época más importante de la conquista, era cacique del pueblo de Parragua, situado en la región del Guarco, entre Tucurrique y Chirripó, el indio Quetapa, hijo de Dirimame o Diruamo.

Contaría el jefe en ese tiempo, sesenta años de edad; y se le conocía como uno de los más bravos defensores del territorio. La ambición de los españoles se había detenido ante el valor del cacique y de sus compañeros de armas.

Quetapa era robusto, alto, de cabeza alargada y rostro severo. Cabellos negros y abundantes tenía; barba blanca; ojos de águila, pómulos salientes, tez cobriza; y de su cuello pendían varias hileras de colmillos y de piedras sagradas. Su andar, ceremonioso; sus ademanes, comedidos y discretos como corresponden a un jefe. Hablaba poco y no reía nunca. Eso no obstante era bueno, compasivo y magnánimo. Los indios le querían porque sentía hacia ellos afecto paternal. Sólo con los españoles era cruel. Defendía la tierra de sus mayores con resolución, porque comprendía lo que significan el vasallaje y la conquista. La muerte para su pueblo,

antes que perder la libertad. Acostumbrado éste a la vida libre, gobernado sólo por su cacique, no podía aceptar la esclavitud, ni por bien ni por la fuerza. De ambos modos pretendieron los españoles adueñarse de Parragua, pero toda tentativa había sido en vano. Los regalos y ofrecimientos, las sugestiones del talento, no despertaban la ambición de Quetapa. Y la fuerza conquistadora encontraba a su paso la enérgica resistencia de los parraguas.

Los frecuentes encuentros con los enemigos perjudicaban grandemente los trabajos de los aborígenes, quienes veían perderse las cosechas a causa de las guerras. Pero eso y más soportaban porque creían los habitantes de Parragua y de Áriari que el deber está antes que los intereses particulares, y que aquél les imponía morir por el honor de la tribu.

Contribuía en gran manera a fortalecer el entusiasmo de los indios, el ejemplo de serenidad y valentía que les daba a cada paso Axi, hija única del cacique, la cual deslumbraba a todos con su belleza y claro talento.

La joven era alta y de cuerpo bien proporcionado; de abundante cabellera que solía adornar con gracia muy singular; ojos negros y centelleantes, morena la faz, delicadas las facciones no obstante su raza, pechos salientes, y toda ella, un triunfo de hermosura. Manejaba con destreza el arco y la flecha, silbaba como cualquier indio, corría como un gamo, y disponía de facilidad de palabra. Ella, en muchas oportunidades, a nombre de su padre, arengaba a la tribu. Y lo hacía bastante bien: entu-

siasmaba, atraía, convencía. La llamaban «Hija del Sol», y tan hermosa era, que, en verdad, el sol no la habría desconocido. Era el encanto de su padre y el orgullo de los parraguas. Sorprendía a los mejores guerreros con su arrojo; aconsejaba a las mujeres; ordenaba con acierto; socorría a los necesitados y para los que se acercaban a ella tenía cariño, bondades, palabras afectuosas y un corazón dispuesto al sacrificio. No evadía la responsabilidad de sus actos. Siempre estaba a la cabeza de sus combatientes y buscaba el lugar de mayor peligro, no obstante la protesta de todos, que deseaban conservarla con la devoción que les inspiraba un ídolo.

Varios indios, los más ricos, los más poderosos, se disputaban el amor de Axi; entre ellos, Jima, Cuesorucara y Quinori, que ocupaban altas posiciones al lado de su padre el cacique. Regalos, rendimientos, la mar, ofrecíanle sus cortejantes, pero sin resultado alguno, porque ella todavía no deseaba elegir compañero. Su mirar sombrío nadie lo comprendía; sus sonrisas eran para muchos y para ninguno; saludaba afectuosamente a todos y todos sufrían engaño. Sin embargo, ella soñaba con un amor, grande, fuerte, como correspondía a sus veinte años que eran una bendición del cielo.

Axi distribuía su tiempo entre la guerra, el cuidado de su padre, practicando la caridad, presidiendo ceremonias, aconsejando en el Gobierno, y animando a la tribu para que no desmayara en la lucha a que obligaban los conquistadores.

Así transcurría la vida de la Hija del Sol, hasta

que un día, su padre, comprendiendo la necesidad de casar a su hija, manifestó su propósito en una gran solemnidad en que Axi se hallaba presente. Ésta, al oir las palabras de Quetapa, se sorprendió al principio, pero luego juzgó que era llegada la hora de buscar esposo.

Los más valerosos indios, distinguidos por el afecto del cacique, pasaron ante sus ojos. Y sin embargo, a ella no le agradaba ninguno. En tales circunstancias, previa la venia de Quetapa, que nada negaba a su hija, pues adoraba en ella, Axi dijo lo siguiente:

—Yo me casaré con el más valiente!

Y el cacique, después de escuchar la opinión favorable del Gran Sacerdote y de sus consejeros, manifestó:

—Axi se casará con el más valiente.

Hubo cantos y bailes, celebrando esa determinación. Los mozos que se disputaban a la Hija del Sol, pensaban en la manera de dar pruebas de su valor en la primera oportunidad que se ofreciera, para merecer su mano.

Después de algunos días, Jima se presentó a Axi llevando en brazos un tigre que había muerto cuerpo a cuerpo. La joven agradeció el sacrificio, sonrió, pero dió a entender que deseaba algo más.

Quinori desapareció por varias semanas, y, al cabo, regresó trayendo prisionero al cacique de una tribu vecina con la cual estaban en disputa. Fué celebrada la acción, pero la niña no la juzgó suficiente premio a su amor.

Al propio tiempo, Cuesorucara, llevó a presencia

del cacique y de su hija, una bella española robada en un campamento de los conquistadores, que distaba mucho del lugar. Quetapa admiró la hazaña; pero Axi, sin agradecer el peligro a que se había expuesto su pretendiente, le ordenó llevar la prisionera al lugar donde estaban los españoles.

—No peleamos con las mujeres, dijo—. Ellas no nos ofenden. Cuesorucara, lleva a esa mujer, que va a ser madre, al lugar de donde la has traído; y otra vez, no te vengues de esa manera.

El indio enrojeció de vergüenza, y se apresuró a cumplir la orden que recibía.

Y así se realizaron muchos hechos en honor de Axi, sin que ninguno lograra interesar vivamente a la joven.

* * *

La conquista fué tomando un aspecto bastante serio. Los españoles, en gran número, acamparon cerca de los parraguas. Grave era la situación de la tribu. El cacique y sus consejeros determinaron activar los preparativos para atacar al enemigo antes de que éste tuviera tiempo de avanzar. Quetapa disponíalo todo con serenidad. Axi le ayudaba. Todos se aprestaban a la lucha.

Los parraguas, dispuestos a morir, se lanzaron a la pelea. El cacique animaba con su ejemplo, no obstante su ancianidad. Axi, cantando, marchaba de los primeros.

La lucha era tenaz. En uno de los encuentros con el enemigo, la niña pudo observar que cerca de ella un indio de nombre Istaro, de rostro áspero y ojos hundidos, daba a cada paso muestras de

valor, no obstante la dificultad con que se movía, porque era paralítico. Rugía como una fiera. Sus flechas acertaban en el blanco. Su pecho estaba lleno de sangre.

Axi, por observar al joven que se mostraba como bravo guerrero, descuidóse unos momentos, los suficientes para que la rodearan los enemigos. Pero Istaro había observado la situación de su dueña, y con más ardor que nunca abrióse campo por entre cadáveres y combatientes, y logró salvar a la Hija del Sol, después de gran esfuerzo. Una mirada de agradecimiento fué el premio recibido por el mancebo. No había tiempo para más. La guerra continuaba, pero desde ese momento, Axi e Istaro peleaban el uno junto al otro; protegiéndose mutuamente y luchando por la libertad.

Pero de pronto Istaro desapareció. A Axi le constaba que no había caído. ¿Dónde estaba?

Al cabo de algunas horas, el triunfo se inclinó a favor de los españoles. Los indios comenzaron a desanimarse. La joven sintió que de sus ojos brotaban algunas lágrimas, porque comprendía que la victoria tal vez sería de los enemigos.

Así las cosas, una circunstancia imprevista cambió la situación de la pelea. Los españoles cedían y los indios recuperaban lo perdido. La Hija del Sol gritaba de júbilo. A distancia, en el campamento enemigo, grandes llamaradas teñían el firmamento. El humo era ahogador. Oíanse voces fuertes por doquier. El desorden se apoderó pronto de los soldados del Rey, y no muy tardado, muchos iniciaron la fuga, después de considerar la gravedad de la situación.

Axi y su padre lograron verse un instante, se abrazaron, y después, cada uno a su lugar.

Al llegar los indios cerca del campo de los españoles, notó Axi que Istaro había caído prisionero, después de haber provócado el incendio, con peligro de su vida, pero dando así el triunfo a sus compañeros.

—¡Ese sí es un valiente!,—exclamó repetidas veces la joven viendo al paralítico que era conducido por los enemigos.

Y ella, nerviosa, deseando ayudar a su salvador, con arrojo sin igual, se entregó a una lucha desesperada. Pero la cólera la hizo descuidarse y cayó también en poder de los enemigos

Axi e Istaro estaban prisioneros.

* * *

La pelea terminó habiendo resultado vencedores los indios. Estos quitaron a los españoles gran parte de su armamento y mermaron sus filas; pero en cambio, eran prisioneros de los enemigos, la Hija del Sol y el más valiente de los parraguas.

La situación era terrible para Quetapa, porque quería con locura a su hija, que era la alegría de su vida, su mayor gloria, el orgullo de la tribu.

Pasadas las horas de confusión, el cacique solicitó de los españoles que devolvieran a la prisionera, así como él había permitido en otra oportunidad que una española regresara a su campamento, de acuerdo con la determinación de Axi. Pero la súplica no fué atendida. El cacique propuso dar todo el oro de que disponía a cambio de la joven y

del salvador de la tribu, y no fué escuchado. Ofreció su vida por la libertad de la Hija del Sol, pero los enemigos no se compadecieron de su abatimiento.

Y mientras el anciano cacique, entre los suyos, juraba venganza y enfermaba de angustia, en el campo de los conquistadores se desarrollaba una escena de pesar.

El capitán propuso a Istaro la libertad si traicionaba a su tribu y comunicaba los datos necesarios a fin de que aquélla pudiera ser sorprendida. Pero el indio, altivo en su desgracia, no sólo se negó a propósito tan ruin, sino que amenazó al que así le insultaba.

—Pues morirás—gritó el Jefe.

—Que venga la muerte, pero yo no traiciono a mis hermanos.

Axi, que había escuchado lo anterior, exclamó:

—Ese es mi esposo; el más valiente de los hombres!

El capitán se sorprendió ante tanta energía, pero haciéndose cargo de su posición que le impedía vacilar, dió orden de que el prisionero fuera ejecutado.

Y todo se dispuso al efecto.

El indio no tembló ante la pena que se le imponía; y después de suplicar que a Axi le concedieran la libertad, y de despedirse de ella con una mirada de amor, marchó sereno al suplicio, diciendo con satisfacción:

—Por Axi y los parraguas se da la vida con placer.

Cumpliase la orden del capitán, cuando éste, atento sólo a su apetito, se llegó a la india que sollozaba por la suerte de Istaro.

--Mira,—la dijo con acento cariñoso,—si me das tu amor, te dejaré en cambio volver a la tribu.

--No!—respondió Axi con resolución.

--Si te niegas, serás mía a la fuerza. Elige!—rugió el capitán.

--De ningún modo seré tuya. Sólo para Istaro, el más valiente de los hombres. Para él o para nadie. Si tu quieres abusar de mí, espera a que yo muera, porque mientras viva seré de él.

Y después de pronunciar varias veces con dulzura el nombre de su amado, abriéndose el vientre, sin vacilación, con un hacha de piedra, se quitó la vida Axi, la hija del cacique Quetapa y novia de Istaro, el salvador de los parraguas.

Los dos cadáveres fueron arrojados en el césped, el uno junto al otro. En los labios de Axi y de Istaro, la mueca de la muerte no había borrado del todo la sonrisa de satisfacción que da el sacrificio por el amor y el deber.

FIEBRE DE LAS ALMAS

Había una vez un joven que no podía hallar alegría alguna en la vida. Le fastidiaban los salones, las gentes le aburrían y buscando la soledad para encontrar tranquilidad, en lugar del sosiego anhelado, hallaba tormento. A su porvenir le faltaba algo: la ilusión. Despreciaba la existencia porque no encontraba objeto en ella, amaba el pesar porque no sabía de gozos infinitos; consideraba a la mujer como obra de arte o medio de placer, como legado del cielo que convenía admirar en conjunto, y aspirar todos sus perfumes de una vez, sin ver en ella la inspiradora de los ideales que ofrecen la felicidad.

En una oportunidad, andando de paseo, se encontró con una damita que le mereció especial atención; la impresión primera fué de arte, la que luego se despertó en su espíritu, de agrado y de ensueño. La miró de hito en hito, y se dió cuenta de que esa mujer no era como las demás, porque en torno de ella había un ambiente perfumado, místico, raro, y que le ofrecía un grato misterio.

La visión pasó. Fué un momento de inquietud, quizá de locura. Advirtió el mancebo que el alma

a veces es impresionada en un solo instante sin comprender de un modo definitivo la razón. Quizá porque al acercarse a otra alma hermana, oía una voz que hallaba eco en su espíritu, o percibía un suave suspiro que daba aliento a su vida.

Transcurrieron los días, los meses. Una que otra vez encontrábanse la niña misteriosa y el galán sin esperanza. Se cruzaban una mirada que era un mundo, cada uno iba por su lado, y otra vez la noche en un alma que deseaba despertar de un doloroso letargo.

El cielo que todo lo escucha, el noble deseo que todo lo vence, presentaron la oportunidad al caballero de conocer a la damita encantadora. Fué una noche de verano; noche de luna, noche de poesía. Una vez iniciada la presentación, al estrechar la mano inmaculada que le ofrecía la niña, sintió el joven un estremecimiento en todo su ser; notó que algo singular pasaba en su mente, y que su corazón latía fuertemente. Esa impresión nunca la había sentido; se trataba de algo para él desconocido hasta entonces. No pudo ocultar su turbación. En la conversación que animaban varias personas, el joven con dificultad intervino. Las palabras se resistían a salir de sus labios, en los cuales aparecía el temblor que da la admiración. No cesaba de ver a la damita, como si algo sobrehumano le impidiera desviar la vista a otro lugar.

Y, en verdad, que la niña era para morirse contemplándola. Hermosa, blanca, gentil, de cabellos castaños, ondulados sobre la frente amplia y seductora, que sostenía dos cejas muy negras, haciendo

sombra a unos ojos brillantes como puñales. Crespas pestañas ocultaban todo un asesinato de corazones. Las mejillas, sonrosadas, frescas, protegidas por un bello finísimo como la carne del durazno; de narices y orejas bien proporcionadas; y con la boca roja como el más rojo de los geranios, que dejaba asomarse de cuando en cuando dos hileras de dientes de blancura impecable, como el más blanco de los claveles. Y así de perfumado era también su aliento, tan delicado, tan suave, que no podría despertar a un ruiseñor dormido en su pecho, cárcel de encanto del más puro de los corazones.

El cuerpo todo de la niña era un himno a los triunfos de la naturaleza. Sus pies semejaban una pareja de palomitas de castilla arrullándose después de dolorosa separación. Esa mujer de seguro apareció en la tierra el día de los ángeles, porque su hermosura era angelical; porque cuando unía los jazmines de sus manos y estrechaba así el relicario de su alma quedaba en actitud devota, para recibir las inspiraciones de la virtud y las bendiciones de Dios.

La niña era graciosa como un querub, buena como la caridad, encantadora como una mañana de abril, pura como la azucena. Andaba como si sintiera bajo sus plantas todas las rosas de la tierra.

Sus gestos acompañaban con distinción a su palabra sugestionadora, llena de donaire y de picardía. Si reía, el oído se solazaba, y sus trinos se perdían en los hoyuelos formados en las comisuras de sus labios. Si miraba de frente, forzoso era bajar los ojos. Si alzaba la cabeza, parecía una dio-

sa; si la inclinaba, semejaba una santa. Si hablaba de los extraños, era sólo para alabar. Si estando pensativa se llevaba una mano a la frente, brotaba una flor más en el jardín de su espíritu, porque únicamente meditaba en el bien de los demás. Era así, generosa, franca, sincera, firme en sus propósitos, inquebrantable cuando se trataba de los dictados de su voluntad. Como juzgaba leales a los demás, todo lo decía sin reservas. No sabía fingir; no podía engañar. No odiaba, porque lo del exterior llegaba a su espíritu perfumado por sus virtudes. Tenía palabras de bondad para todos, amaba a los niños y a las flores, suspiraba por una estrella, lloraba por la menor contrariedad. Bendita mujer, reina de la ternura y la belleza.

El joven, sin comprender al principio lo que hacía, buscaba las oportunidades de verla, y cada vez con mayor entusiasmo. De una a otra alma iban y venían alados mensajeros del ensueño. Al encontrarse sus miradas, se iniciaba una vida superior. Él sentía que en su corazón sólo había lugar para ese ángel, que únicamente sus palabras le satisfacían, que su risa era música, que se presentaba ante sus ojos una estrella de ilusión. Encontraba poesía en las cosas y las noches de su pesar se iban al aparecer la luz de la felicidad. Esa situación era muy grata para él. Comprendía que amaba ya, con locura, y que eso significaba la gloria. Sobre todas las mujeres que había cortejado, estaba su Lamita llena de encantos. Pero se daba cuenta, en arranques de sinceridad, de que no la merecía, porque no tenía toda la bondad que

ella reclamaba. No obstante esas preocupaciones, era imposible dejar de quererla, ni tampoco deseaba olvidarla. Se proponía amarla siempre; pensar en ella siempre; soñar con ella siempre!

Ella no se mostraba indiferente a los rendimientos del galán; éste cada día más consagrado a un cariño inmenso y desinteresado. Había sentido lo que era el verdadero amor, el puro amor inspirado por un ser divino. Notaba que nunca podría querer de igual modo a ninguna otra mujer, aunque ella le olvidara, porque era única, reina del mundo, reina de las bellezas, reina de un corazón que antes estaba oprimido por la losa del pesar. Ahora sufría también, pero gozaba de un amable consuelo; a cambio de sus sufrimientos, tenía el tesoro del dulce mirar de la niña, que tanta dicha le proporcionaba.

El joven, encantado en la dulce princesita, sólo a ella le escribía, sólo en ella creía, sólo sus trajes le agradaban, sólo encontraba abrigo su alma en el ala de ese amor. Ah! Pero también le mortificaba pensar que ella mirara a otros hombres, quizá por no comprender el cariño del joven enamorado, quien sentía celos hasta de la luna que bañaba en luz de encanto a la hermosa niña de su afecto; pero casi siempre ocultaba sus dudas aunque se quemara en el fuego abrasador de la inquietud. ¡Qué misterio el de las almas que se quieren! ¡Qué locuras las del amor, el más implacable de los déspotas, el más delicado de los trovadores, el más grande de los tormentos, el más dulce de los ideales! ¿Por qué nace junto a la flor la espina desgarradora? ¿Por qué la

alegría junto al dolor? Las almas, ¿necesitan del sufrimiento para elevarse hacia la sublimidad del cariño?

* * *

Una noche de fiebre el caballero soñó que su dama lo olvidaba; que, cansada de sus rendimientos, le decía adiós desde la carroza de sus triunfos y se iba a buscar en otro espíritu la dicha que no había podido encontrar. ¡Tormento de los tormentos!

Vino la mañana, fría, oscura, triste.

¡Qué doloroso despertar!

El joven misterioso, impresionado por el sueño, sintió que la dicha se alejaba para dar paso al dolor, y que todo era tinieblas donde antes brillaba el sol de la esperanza.

LA SARDA

La llanura se ocultaba arropándose con las nubes indolentes. En el horizonte, aparecían pequeños arcos luminosos: un monstruo de fuego, huyendo de las tinieblas, se deslizaba en el abismo dejando tras de sí débiles ondas de luz.

Pero las sonrisas luminosas del crepúsculo desaparecieron, y con ellas, la calma nazarena de los campos. La naturaleza estaba inquieta. El viento sacudía con furia la selva, que protestaba iracunda, haciendo sonar la cabellera de su follaje.

Vino la tempestad.

Lloraban copiosamente las nubes, y zig-zags de fuego cortaban el firmamento mientras el eco repetía el estruendo aterrador de la rugiente tempestad. El río que cortaba los campos se hacía a cada momento más caudaloso, llevando en su braveza indómita muchos árboles arrancados de cuajo en las riberas, y produciendo horrendo ruido ensordecedor como si hubieran sido agitadas a todo vuelo las campanas de cien iglesias parroquiales.

Bramando de tristeza, el ganado buscaba amparo en la selva.

Una vaca que caminaba con dificultad a través de los zarzales, se situó bajo el follaje de un quizarrá secular, cuyas ramas, forzadas por el viento, besaban el suelo poblado de helechos y de geranios.

En una ramita envuelta en musgo que nacía en la base del árbol, un jilguero hembra velaba, con las alas extendidas, proporcionando abrigo a sus hijos, delicados y adorables. De cuando en cuando cantaba con dolor y dulzura.

La vaca solía extender la cabeza en dirección del nido, y parecía comprender los gorjeos que inspiraba el instinto maternal. ¡Qué de congojas, qué de súplicas querría significar con su canto saturado de amor y de poesía!

Aumentó la noche las proporciones de la tempestad.

La endeble rama era agitada por el viento. Momento de suprema angustia. Falseado el sostén, y sin que los esfuerzos de la madre pudieran conjurar el peligro, cayó el nido con su preciosa carga sobre un tronco oculto entre la hierba. Quedó el hogar frente a la vaca que parecía contemplar con ternura a la madre que la deleitaba con su canto, y por cuyos ojos, brillantes y diminutos, saltaba el rocío de las frondas de su dolor.

A poco respiraba la vaca fuertemente, calentando con el vaho que exhalaba a la primorosa familia colocada por el azar en el tronco, rodeado de helechos y de geranios.

* * *

Al amanecer del siguiente dia la tempestad había cesado. La brisa llevaba al través de la llanura los trinos de los pájaros; y sobre las montañas aparecían túnicas de rosa y palmas de oro.

El ganado era llamado a grandes voces por los trabajadores de la almunia; y un mozo halló, junto al quizarrá majestuoso de la selva, a la vaca más hermosa, que se ocupaba todavía en avahar a los pichoncitos y a la agradecida madre que cantaba con dulzura y amor.

A los gritos del arreador, la pájara voló a una rama vecina y su protectora de la noche se alejó....

Caminaba el vaquero contemplando satisfecho la ubre inmensa de «La Sarda», y al oir los gritos de los pichoncitos puso colérico un pie sobre el nido, dejándolos moribundos, y continuó su marcha por entre el boscaje.

Los pájaros piaban desesperados, y la vaca volvía con frecuencia la cabeza, bramando fuertemente como si suplicara misericordia.

* * *

Esa mañana, «La Sarda», el ejemplar más hermoso y manso de la vacada, escondió la leche....!

EL FRACASO

I

Ya en el jardín, Oscar anduvo en todas direcciones buscando a las damitas que allí solían reunirse por las tardes, siempre que el tiempo no lo impidiese.

Por todas partes, cuadros de flores. El ambiente, fresco, perfumado. Cruzando el cielo, bandadas de pájaros. Los últimos resplandores del sol, comunicando a la naturaleza, poesía, paz e ilusión.

Cogidas por el brazo, tres señoritas pasaron cerca del sitio en que se encontraba el joven, y éste, no obstante su timidez, descubrióse haciendo una reverencia, y a poco, pegó el hilo de la conversación. No podían caminar los cuatro en una fila y se hizo la división necesaria, correspondiéndole a Oscar acompañar a la niña que distinguía con sus cortejos, mientras se alejaban sonriendo maliciosamente las amigas.

Cuando el joven se vió a solas con la que casi era su novia, sintió que temblaba de pies a cabeza. Su natural cortedad, y el interés que por ella sentía, le turbaron un tanto. La niña parecía también estar nerviosa. Llamábase Carmen y pertenecía a una

familia distinguida del lugar. Las compañeras la querían porque era buena, generosa, desinteresada. Los mancebos simpatizaban mucho con ella por su inteligencia y ameno trato. Triunfaba en todas partes por sus encantos. Morena, graciosa, sin afectada coquetería, de andar singular. Tenía cabellos negros, ondulantes. Ojos también negros y llenos de fuego, de pureza. Toda ella, una figurita delicada, pero rebosante de vida, de gracia, de distinción. Cuando conversaba, miraba de frente, revelando su sinceridad. A su lado, todo tenía encanto y la existencia misma era amable.

Esa tarde vestía de blanco.

Al fin se inició el diálogo, pero de un modo vacilante.

—Bonita tarde, ¿verdad?,—dijo Oscar con timidez.

—Sí.

Hubo un pequeño silencio.

—Yo celebro mucho haberlas encontrado a Uds.

—Gracias, Oscar.

—Y principalmente a....

El joven no pudo terminar la frase, porque la niña le interrumpió para mostrarle una flor que había llamado su atención. Oscar la cortó para ofrecerla a su compañera. Al entregarla, sus ojos se encontraron con los de Carmen, y durante algunos instantes olvidó el mundo y las flores, porque había visto el paraíso.

Comprendieron los dos que algo más grande que una amistad sincera les unía, que en la imaginación tenían un mismo sueño, y que en esos instantes sólo había dos seres en el mundo, que se buscaban y se comprendían.

—¡Qué temeridad!,—exclamó de pronto Carmen—. Nos han dejado solos.

—Pues yo agradezco mucho a Luisa y a María que me hayan proporcionado esta oportunidad, que tanto he deseado.

—Es la primera vez....

—Sí, Carmen; y por cierto, la primera vez que me he sentido nervioso.

—No comprendo.

—Es raro lo que me ocurre hoy, superior a todas mis preocupaciones. Cuando llegué al jardín sentí que algo me faltaba, que la tristeza se apoderaba de mí; ahora, me encuentro alegre, satisfecho y deseando que esta tarde no termine nunca.

—Sería una noche muy larga!,—exclamó la niña sonriente.

—Para mí un día hermoso, porque es un constante florecer de encantos. Para el espíritu que sueña, no hay noche; todo es luz, esplendores, explosión de anhelos. Al lado de Ud. no se siente pasar el tiempo ni se esperan las sombras, porque el fuego de sus ojos las disiparía. Sí. ¿Por qué no hablar con franqueza....? Me siento alegre cuando la miro, cuando escucho su voz, cuando adivino en sus labios una sonrisa benévola, cuando puedo disfrutar del honor de sus palabras, cuando Ud. pasa a mi lado, purificando el ambiente y dejando en mi alma la sensación de un sueño venturoso.

—Oscar!

—Carmen, es la verdad! Siempre vive Ud. en mi pensamiento. A solas, siento que mi alma la nombra y la reclama. En las fiestas, si no la en-

cuentro, no puedo aparecer alegre; pero cuando la miro, la felicidad se apodera de mí. ¡Bendito fuego el del amor que todo lo anima, y somete a prueba los tormentos del corazón! Purifica, no hay duda, esa llama, porque no es posible entonces alimentar ideas perversas, ni experimentar flaquezas y bajas pasiones. Por eso yo me siento ahora con deseos de ser bueno, de luchar por los demás sin ver mi conveniencia, de moderar mi carácter para armonizarlo con la ternura de mi alma, ya que aspiro, como mi mayor felicidad, a vivir a sus pies, contemplándola, admirando su belleza y sintiendo el influjo de sus virtudes.

—Son ilusiones suyas nada más. No merezco todo eso que Ud. me ha dicho. Además, los hombres son muy falsos.

—Cuando aman no.

—¿Y para saber cuando ponen cariño?—preguntó Carmen mirando fijamente a su compañero.

Oscar tomó una mano a la joven, y la retuvo largo rato entre las suyas. Sintió un frío muy grande, una sensación indescriptible. La joven permanecía seria. Oscar la contemplaba con arrobo. De pronto éste exclamó:

—Carmen, la amaré siempre aunque Ud. me olvide.

La niña no pudo articular palabra, pero miró al joven intensamente. Sin hablar, se lo había dicho todo.

A poco, se les reunieron Luisa y María, y como la noche se avecinaba, dispusieron marchase. Carmen y Oscar comenzaron a darse cuenta del can-

to de los pájaros, de la poesía de la tarde al expirar, y del murmullo del agua al despeinarse en un surtidor de bronce que se hallaba en medio del jardín.

II

La anterior escena se había desarrollado el 1º de febrero de 19.... en un jardín público, que solía estar muy concurrido por la buena sociedad. Allí viéronse de nuevo algunas veces, Carmen y Oscar; y otras, en paseos y fiestas, organizados para obsequiar a los visitantes que habían llegado a pasar la temporada de verano en esa ciudad. Alegría y cordialidad reinaban en todas las diversiones.

Y como el medio era propicio, y había voluntad para ello, Carmen y Oscar tuvieron oportunidad de tratarse suficientemente, y el entusiasmo fué en aumento a medida que el tiempo pasaba.

La joven, en verdad, merecía que se le consagrara la existencia. Tanto sus condiciones físicas como morales, la hacían acreedora al respeto y a la admiración de todos. A cada paso recibía cumplidos que le dispensaban los jóvenes de más prestigio; era el encanto de salones y fiestas, por su bondad y dulzura. Se disputaban sus sonrisas los caballeros. Pero, no hay duda, Oscar era quien disfrutaba de más ratos en su compañía, y por eso se consideraba dichoso, con justa razón.

Tanto Carmen como Oscar se iniciaban en el amor de un modo formal. Contarían a la sazón, ella, diez y siete años, y él uno más. Estaban en la edad en que todo se mira al través de un cristal de ilusión; sólo pensamientos gratos, sueños venturosos, con-

siderando únicamente el lado agradable de las cosas. La niña se llevaba muy bien con el carácter fuerte y enérgico de Oscar, no obstante ser opuesto a su temperamento, pues ella era tímida y delicada. El joven necesitaba una criatura como Carmen, que moderara los arrebatos de su juventud, sustrayéndole a los peligros que ofrece la vida agitada, inclinándole hacia el bien, robusteciendo la fe sembrada por su madre, inculcándole sentimientos generosos, y alentándole en las luchas de la inteligencia en busca de la gloria. Pero, ¿qué más gloria para el mancebo que la aprobación de Carmen? ¿Qué mejor premio que la mirada cariñosa o la sonrisa llena de bondad con que le favorecía su amada cuando realizaba una acción buena o le comunicaba un proyecto inspirado en la consideración hacia los demás, o en la verdad? La vanidad de Oscar estaba satisfecha cuando Carmen conocía sus determinaciones. Si experimentaba el joven algún pesar, por insignificante que fuera, al instante lo descubría la niña, porque le conocía, y a poco, con sus palabras dulces y consejos oportunos, le devolvía la alegría y la tranquilidad. Ninguna otra persona, que no fuese su madre, le comprendía tan bien; adivinaba sus secretos y le presentaba cada momento el camino que tenía que seguir para evitar que fuera arrastrado por la corriente egoísta del mundo. A ella se debió que el joven, que disfrutaba de alguna renta, repartiese buena parte de ésta entre los pobres, y llevasn palabras de consuelo a los desgraciados. Era pues, el ángel de la guarda que se preocupaba de su bienestar.

Oscar disponía de tiempo suficiente porque se encontraba disfrutando de sus vacaciones en la ciudad donde vivía Carmen, y así es que a menudo podía acompañarla. Cursaba el joven en el Liceo de la capital, y esperaba terminar pronto sus estudios secundarios para pasar a la Universidad. No tardaría en coronar esa aspiración porque estudiaba mucho y disponía de los recursos necesarios para tal fin. El joven era de estatura mediana; poseía rostro simpático, cabellos castaños, frente amplia y despejada, ojos inteligentes, perfil correcto y barba partida que denotaba su carácter fuerte. No usaba bigote. Sus modales, distinguidos. Su conversación, amena e interesante. Ocultaba el talento tras su natural modestia, y juzgaba todas las cosas con criterio justo e imparcial. Su galantería era extremada; para él la menor indicación de una dama, significaba orden imperiosa, y era capaz de dar su vida por complacer a las mujeres. Para todas, tenía cumplidos y atenciones; y cuando se presentaba la oportunidad de juzgar los acontecimientos de la vida en relación con los sexos, siempre ponía a salvo el prestigio de las mujeres, y culpaba a los hombres de todos los males de la humanidad. Sentía por la mujer un culto especial. No permitía que en su presencia se hablase mal de ninguna, por desdichada que fuese, y de sus labios brotaban a cada paso, con gracia y donaire, galanterías para el sexo que dispone a su antojo de los corazones. Esa actitud le merecía la consideración de las niñas de su amistad. Y en elogio suyo, también hay que manifestar que su devoción por la mujer no era fingida, ni siquiera

inspirada en el deseo de ser cortés, sino que respondía a su bondadoso corazón, que le inclinaba hacia un fin tan agradable y legítimo.

Con alguna frecuencia tenía que ir el joven a un lugar que distaba bastante de la ciudad, porque en él temporaba parte de su familia. Y ¡qué alegría! ¡qué placer tan grande experimentaba a su regreso cuando lograba ver a la niña de sus anhelos y la pedía cuenta de sus cartas, y la aturdía con afectuosos rendimientos! Al volver de uno de esos viajes, fué sorprendido Oscar a mitad del camino por la tempestad, agravada en la oscuridad de la noche. Estuvo a punto de perecer ahogado en un río; pero eso fué considerado sin cuidado mayor, pues había tenido, al cabo de algunas horas de lucha, la satisfacción de hablar con Carmen. ¡Qué importaban los quebrantos y las dificultades cuando al fin se tenía la dicha de mirarla! Una sonrisa bondadosa o una mirada de amor eran el mayor premio que anhelaba. Había destinado el joven un Diario íntimo donde anotaba mil nimiedades, detalles relacionados con su amada, que, para él eran tesoro inmenso, las cartas que dirigía, y asimismo, algunas composiciones literarias que escribía cantando los méritos de su dama.

Pero las cosas no podían continuar de igual modo por mucho tiempo; las vacaciones habían terminado y era menester regresar a la capital a seguir los estudios, cortando así, accidentalmente, un vivir tan dichoso.

En la despedida, la cual tuvo lugar una noche en casa de una prima del joven, Oscar no pudo sonreir

y de los ojos de Carmen brotaron algunas lágrimas...

III

Pocos días después de haber llegado Oscar a su residencia, recibió Carmen la siguiente carta:

15 de marzo de.....

«Carmen:

Según lo ofrecido le escribo hoy con gran placer. Así puedo atenuar, siquiera por unos momentos, el pesar que me causó la separación, y que ha aumentado día tras día. Yo creí que no me alejaría nunca de usted, que iba a estar siempre a su lado, mortificándola con mis rendimientos, pero sintiéndome el hombre más feliz de la tierra. Pero ya ve usted; me obligan a estudiar, porque mis padres desean convertirme en un hombre útil y de alguna ilustración. También yo he aspirado a ese fin, pero ahora pienso que mi amor es más grande que el deber, y de buen grado viviría a su lado aunque tuviera que abandonar el Colegio. Juzgando las cosas como son, o mejor dicho, como tengo que aceptarlas, no dejo de considerar a veces que, cultivándome, pueda acercarme más hacia usted que merece el mejor de los hombres. Quizá el estudio vaya en provecho de los dos; aunque no puedo resignarme a vivir lejos de la mujer que me ha cautivado con sus encantos, y tiene en sus manos, con gran satisfacción mía, la llave de mi porvenir. Iré a verla los domingos, si no se olvida usted de mí.

No obstante esos detalles que suelen nublarme el

pensamiento, me considero dichoso porque he entregado el corazón a la mujer ideal con que siempre he soñado. No comprendo bien lo que es amor, debo confesarlo, pero si es lo que experimenta mi alma desde hace algún tiempo, considero que no hay felicidad más deseable que la del querer, no obstante los sufrimientos que ocasiona. Dirigir constantemente el pensamiento hacia una mujer bella y bondadosa, que tiene el privilegio de sugestionarnos con sus ojos de angélico mirar; besarla en sueños con el respeto que inspira una santa; sentir que se asciende moralmente, porque sólo se cultivan ideas buenas y agradables; considerarse capaz del mayor de los sacrificios; deponer las armas ante quien merece el rendimiento definitivo del cariño; llamar a una sola persona a todo momento; creer en la virtud, el desinterés y la locura de dos almas destinadas a comprenderse; sufrir por lo que no se dirija a un noble fin relacionado con un ser, que es el único capaz de conmovernos y de alegrarnos; son preocupaciones que complace fortalecer y que hacen pensar en un estado superior del alma que no puede sentirse cuando no vuela en la mente el recuerdo de una mujer. Si todo eso es amor, considero Carmen, que estoy enamorado. Si es desequilibrio, participo de la más grata de las locuras. Si es dicha, puedo decir que me sonríe la felicidad. Si el fin de la vida es el ámor, digno de bendición es el mundo, no obstante los pesares que se ofrecen a cada paso.

Adiviné esta situación en que me hallo, de olvido de todo lo que no tenga íntima relación con Ud., comprendí que una aurora se presentaba a mi espíritu

me dí cuenta de que una mujer vale más que el cielo; me consideré tímido, vacilante, pero capaz de todas las locuras imaginables, cuando logré retener sus manos entre las mías y mirarme en sus ojos que iluminan la noche de mi alma. Entonces me sentí bueno y amé la existencia. En esos instantes creí en Dios. Pude darme cuenta de que mi corazón estaba entregado para siempre; había encontrado el ser que necesitaba para completar mi vida, y hacía mentalmente este juramento: «O esta mujer o ninguna». Y cada día que pasa, lo repito con cariño.

He comprendido que sólo sus miradas penetran hasta el fondo de mi alma, y que son las únicas que pueden leer mi pensamiento. A Ud. no le puedo fingir, porque siempre le presento mi espíritu tal y como es, adornado ahora con las mejores galas como corresponde a la persona que me ha transformado.

Cuando medito en sus condiciones, olvido los sufrimientos. Al pensar en mi cariño, considero que no alimento una pasión baja, sensual, mundana, hija de un entusiasmo de momento sostenido por la carne, la conveniencia o una ilusión pasajera. No. Siento que mi espíritu se purifica. Sólo pienso en el bien; y elevo el pensamiento, libre de tormentos, hacia Ud., colocada muy alto en el altar de mi anhelo. Es un afecto muy puro el que me mueve, donde no hay malicia, ni traición, sino sinceridad, ensueño y deseo de una vida mejor. Digna es la vida que se consagra a una sola mujer.

Carmen, quiero pedirle un favor. Deseo su retrato, para verla a todo momento, aunque la tengo

siempre en el pensamiento. Supongo que me considera incapaz de hacer un mal uso de él, porque Ud. conoce la bondad de mis propósitos y la sinceridad que me anima.

Mil recuerdos para sus hermanas y las amigas, que tan agradables momentos me proporcionaron; y para usted la respetuosa devoción de,

OSCAR.»

* * *

El retrato no fué enviado, porque la niña, educada en un ambiente de austeridad que los consejos de su madre fortalecían, no creyó conveniente hacerlo, así como tampoco escribirle, por ese tiempo, a pesar del aprecio que le merecía su cortejante y la seguridad que tenía de su caballerosidad. «A los ojos de él,—pensaba,—debo ser más digna»; y por eso medía todos sus pasos y daba pruebas de corrección, dignidad y elevados sentimientos. Tales cosas disgustaban momentáneamente a Oscar, pero cuando meditaba con cuidado en ello, daba la razón a Carmen, se felicitaba de que así fuese ella, y sentía que su cariño aumentaba. Así era la pureza de su amor.

IV

No obstante lo feliz que se consideraba Oscar, tenía sus horas de amarga meditación que ofrecían obstáculos a su dicha. Sus amigos veían en él, a través de su carácter jovial y de su palabra amena, un fondo triste que ensombrecía su vida. Eran ráfagas de dolor que cruzaban por su alma y que tenían suficiente fundamento. La mala salud de su

madre y los quebrantos económicos experimentados en los últimos tiempos por la familia, le causaban dolor, el cual se atenuaba cuando lograba abstraerse y meditar en Carmen. Pero su mayor tormento era la pertinaz dolencia de su viejecita, ramillete de vlrtudes, una santa por su presencia y su corazón, que sufría resignadamente los males que la aquejaban sin maldecir de su suerte, ni lamentarse, ni valerse de la desesperación como suprema rebeldía. Ella, por el contrario, sufría resignadamente el tormento a que estaba sometida, esperaba en Dios con fe de iluminada, y no obstante sus padecimientos, atendía a su hogar, infundía fortaleza a su familia, y tenía siempre en los labios la sonrisa del sacrificio aceptado, o la palabra dulce y sabia, que sólo inspiran la virtud y la sinceridad. A pesar de su juventud, había vivido bastante. Su familia era modelo. Su esposo la adoraba. Las dificultades monetarias eran vistas como algo pasajero y no como el término capaz de desesperar. Enseñaba y practicaba la caridad, oraba por los demás con devoción ajena a todo fanatismo, y para los afligidos tenía una palabra consoladora y una mirada de bondad. Consideraba el hogar como su verdadero templo, y ver a su esposo y sus hijos buenos y satisfechos, constituía su mayor encanto. Estimulaba la cultura y la educación de su familia, y participaba del pensamiento del siglo, sin aceptar sus exagerados convencionalismos. Al verla tan buena, tan generosa, Oscar se confundìa en sus meditaciones. ¿Cómo es posible,—pensaba,—que una mujer tan noble sufra

tanto? ¿Por qué Dios da el pesar y el tormento para los buenos? La verdadera dicha, ¿está en el sufrimiento?

El joven tenía que participar de un dolor muy grande porque consideraba que su madre padecía mucho sin merecerlo, y él la quería con locura. A tal punto llegaba su afecto que se hallaba decidido a sacrificarse por ella. No podía vivir viéndola padecer una enfermedad, que la ciencia,—tan mezquina,—no podía curar ni aliviar al menos. El daría la vida por la salud de la mujer que le había dado el ser. No cabía vacilación. Ese dolor se atenuaba un tanto con la alegría que le proporcionaba meditar en Carmen, que era para él, el aire, el cielo, el ángel que le llamaba hacia una existencia nueva.

V

Da una idea del estado de ánimo que embargaba en ese tiempo al joven estudiante, la carta escrita a un primo radicado en los Estados Unidos de Norte América, y que fielmente es como sigue:

20 marzo....

«Querido Pepe:

Me apresuro a escribirte, ahora que me comunicas tu nueva dirección en la carta del dos del mes en curso, que tengo el placer de contestar.

En esta tu casa, más o menos, en el mismo estado. Mamá no sigue bien, y como puedes suponer, tal situación nos tiene preocupados. Yo me considero muy desgraciado cuando pienso que todos los esfuerzos que se hacen para devolverle la salud, no pasan de ser una satisfacción del afecto, porque

los doctores creen que nada puede hacerse con provecho. Sin embargo, yo no pierdo la esperanza; no quiero perderla, porque entonces me moriría de dolor. Soy ahora creyente muy sincero y pido todos los días al Señor que me tome por objeto de sus tormentos y devuelva la salud a mamá, lo cual sólo podría verificarse por un milagro. No puedo resignarme con mi suerte; me revelo contra el destino, y a veces siento que se apodera de mí la locura. Tú que conoces bien mi situación, comprendes asimismo mis cosas. Por eso no dudo en ofrecerte mis confidencias.

He olvidado un poco mis sufrimientos con un suceso que voy a referirte. En las vacaciones últimas, pasadas en...., conocí a una damita de nombre Carmen, de familia muy buena. Es una morena que despierta admiración desde el primer momento. Te confieso que yo quedé subyugado al sólo mirarla. Y cuando la traté, y pude observarla cuidadosamente, y conocerla a fondo, comprendí que esa mujer sería mi dicha o mi mayor tormento. Por lo que me ocurre, pienso que uno es capaz de muchas cosas por la mujer que le interesa. No obstante haber cortejado otras niñas, considero que éste es mi primer amor, porque antes no había olvidado en un sólo instante, impresionado por una mirada de ternura, las sorpresas del porvenir y todo lo que me rodea. Al lado de ella, sólo se piensa en unos ojos, en una boca y en un corazón. Antes me jactaba de mi indiferencia; consideraba que el verdadero amor no existía; que todo era fantasía; y hoy juzgo de diferente manera. Creo en el amor porque amo; y

en la dicha, porque no obstante mis sufrimientos, la he sentido en momentos de profunda meditación.

Dime si te alegras de mi suerte o me compadeces. No puedo pensar con serenidad. En mi alma hay encontrados afectos, tormentos y rachas de alegría. Mi mente es un caos.

Háblame extensamente de todos mis asuntos, y sobre todo de Carmen. Te abraza, Oscar».

VI

Pasado algún tiempo, la familia de Carmen se trasladó a la capital. Con esa determinación, la niña y Oscar se consideraron dichosos. Podrían verse a menudo, a todas horas si lo deseaban.

Oscar, sin embargo, tenía sus momentos de intenso dolor que le amargaban la vida. No los disipaban del todo algunos triunfos literarios y políticos logrados en esa época, y que eran consecuencia muy natural de su talento e ilustración.

Esas inquietudes y la tiranía de algunos amigos, pronto lo inclinaron a divertirse; él cedía, porque trataba de atenuar sus pesares. Y se inició una época de paseos y bailes que momentáneamente le satisfacía. A consecuencia de esas reuniones, aparecieron los celos de la joven, que no ignoraba los galanteos a que se entregaba su cortejante, y no obstante el cariño que le merecía, consideró que primero estaba su dignidad, y determinó dejar a Oscar en completa libertad, porque creía que su entusiasmo había desaparecido, y asimismo, para que cortejara a su antojo y sin escrúpulos a todas las niñas que aceptasen sus rendimientos.

Cruel era la separación para Oscar, pero su orgullo no le permitió suplicar, como íntimamente lo deseaba, y contestó resignándose con su suerte, ofreciendo mil disculpas disimuladas, pero sin dejar por eso de testimoniarle sus respetos.

A los pocos días, Carmen aceptaba cortejos de otros jóvenes y Oscar se entregaba, impulsado por sus compañeros, a una vida de galanteos. Ninguno de los dos, eso sí, podía olvidar su primer sueño de amor.

A raíz de la ruptura, en el Diario de Oscar fué consignada la siguiente nota:

«1 de diciembre.

«He despertado; pasó la ilusión. Carmen no me quiere. Hemos llegado al convencimiento de que no nos comprendemos. Sin embargo, yo le deseo que sea siempre dichosa porque lo merece».

VII

A pesar de los sucesos desarrollados, Oscar estimaba profundamente a Carmen. Cuando se ofrecía hablar de ella, siempre le consagraba sus mejores palabras, que no sólo las dictaba su educación, sino también sus sentimientos. Le guardaba un culto afectuoso; la veneraba. Asimismo, se preocupaba mucho de seguir su vida muy de cerca; y no se escapaba ningún detalle a su atenta observación. Él no comprendía las cosas bien, pero sentía que estaba llamado a velar por esa mujer.

En una oportunidad Oscar reclamó dignamente el respeto debido a Carmen. Fué en el teatro. En

el primer entreacto, un joven de dudosa reputación se permitió aventurar un comentario desfavorable para esa niña: la tildó de coqueta y orgullosa. Oír lo anterior Oscar y transformarse su serenidad en justa cólera, todo fué uno. No obstante el lugar donde se hallaba, no pudo contenerse y castigó de palabra y de hecho al ofensor. Toda la concurrencia se impuso del suceso, Carmen en cuenta, aunque ignoraba que por ella se había desarrollado el incidente.

Ofendido y ofensor, acompañados de algunos amigos, abandonaron el teatro. Hubo sensación en el público. Carmen quedó muerta de dolor, y desde ese momento, perdió la tranquilidad.

Vino lo inevitable. En la madrugada tuvo lugar el duelo. Fué a florete, y se efectuó en la casa de uno de los padrinos. Los contendientes estuvieron serenos, orgullosos, como corresponde a hombres de honor. Oscar recibió una herida en un brazo, de alguna consideración, y su adversario resultó ileso.

A las cinco de la mañana, después de que el médico desempeñó su cometido, salían todos del lugar donde se había efectuado el lance, charlando jovialmente no obstante lo ocurrido a Oscar. Éste sonreía a pesar de la cólera que sentía por la ofensa lanzada a Carmen, y se encontraba satisfecho de su actitud. Al despedirse de sus acompañantes, ya a la puerta de su casa, y respondiendo a las atenciones finales, manifestó: «Carmen vale más que la vida».

En su hogar, todo en silencio. Lentamente avanzó hacia su aposento para no inquietar el sueño a su familia. Según acostumbraba, pasó frente al dormi-

torio de su madre. Ésta oraba y pedía a Dios por su hijo que no había llegado todavía. Pero al verle aparecer, se sorprendió sin poder disimular su inmensa alegría. Oscar ocultó el brazo herido, recibió un beso acompañado de palabras llenas de ternura, y se retiró a su alcoba. Él no estaba para descansar, tal era la fiebre de su cerebro; pero sintió a poco que su madre dormía tranquila y satisfecha.

—

Algunos días después, Carmen fué enterada detalladamente, por una amiga de su confianza, de esos sucesos. No le escribió a Oscar agradeciendo su acción, pero en la primera oportunidad en que casualmente se encontraron, le miró de un modo tan puro, tan sugestivo, que el joven comprendió la sincera gratitud que motivaba su sacrificio.

VIII

Habían pasado tres años desde que Carmen y Oscar se conocieron. Durante ese tiempo varias veces se reconciliaron, pero terminaban distanciándose por el más trivial motivo. Durante esas separaciones la niña recibía atenciones de otros mancebos, y el joven significaba su admiración a otras señoritas.

Con todo, cuando Oscar se hallaba en presencia de Carmen, sentía que su cuerpo temblaba, principalmente si ella le sorprendía en compañía de otras mujeres. Así era de delicado el sentimiento que le inclinaba hacia ella.

Uno de sus amigos íntimos se dió cuenta muy pronto del poder que sobre Oscar ejercía Carmen, y así lo hizo ver un día a su camarada.

—Oscar, debo confesarte que he realizado un descubrimiento: sé de quien estás enamorado.

—Cómo? Yo enamorado? Te engañas! Soy partidario de no querer definitivamente.

—Sin embargo, Carmen...

—Carmen es encantadora. Pero considera que hay que luchar contra la tendencia a rendir homenaje a una sola mujer.

—No quiero decir eso. Tú la distingues a ella entre todas! Basta verte cuando te encuentras con Carmen para conocerlo así.

—Yo amo a todas las mujeres, Julio; pero no dejo de comprender que Carmen me atrae, me fascina, me preocupa. No se va de mi imaginación, ni yo quiero olvidarla. Esa mujer vale un tesoro. No he conocido morena más encantadora. Cuando me mira, me considero rendido....! Me preocupan todas sus cosas, siempre deseo verla y cuando acierto a hallarla, no quisiera irme de donde ella está. Las fiestas sin Carmen, me parecen poco animadas. En los espectáculos si ella no está, no me hallo satisfecho. En fin, que no comprendo lo que me ocurre con esa señorita.

—¡Yo lo decía!, exclamó Julio—. Tú la quieres y ella también te ama. Lo he observado.

—¡Fantasías, puras fantasías! En ese caso estaríamos siempre juntos; y ya ves....

—A veces los corazones que se quieren, se martirizan....

Obligadamente, tuvieron los jóvenes que pasar a otro tema.

En verdad, Carmen y Oscar se buscaban y se distinguían....

IX

Oscar era de temperamento delicado. Todo le preocupaba; las menores cosas le inquietaban; la desdicha ajena llenaba su alma de dolor, y vivía pensando en los desgraciados. Amaba el pesar. Las maldades de los hombres, le entristecían. Le desconsolaban, la corrupción social y los triunfos que alcanzan momentáneamente los pillos. Anhelaba una humanidad mejor, sin egoismos, sin crímenes, sin desdichas. Quería para todos bienestar, paz y alegrías. Lo alentaban muy nobles sentimientos. Era capaz de sacrificarse si se trataba de proporcionar satisfacción a un necesitado; y repartia buena parte del producto de su trabajo en obras de caridad que realizaba sin mostrar su persona. Hacía el bien sin esperar recompensa alguna. Su delirio era el trabajo. Las altas horas de la noche sorprendíanle estudiando, porque anhelaba, a más de la propia satisfacción que da el estudio, luchar por sus ideales y levantar su casa económicamente, para que asi su familia pudiera vivir tranquila. De ese modo, también podría rodearse a su madre de todos los cuidados que reclamaba su enfermedad. Los que le conocían, ponianle cariño sin dificultad. Atraia espiritus en torno a su cerebro bien cultivado. Para todos tenía frases amables que infundían consuelo y esperanza. Para todos buscaba la felicidad, menos para él. Sufria mucho; penas muy grandes se agitaban en su alma. Le atormentaba ver sufrir

tanto sin poderlo remediar. Selecto espíritu el suyo, abrigado en un ambiente de ternura.

Esa vida no podía continuar así por largo tiempo. Vino la desesperación, y su brújula comenzó a desviarse. Oscar abandonaba las reuniones, descuidaba su alimentación, no le interesaba su salud y alentaba el deseo de que la muerte pusiese fin a su martirio. Su carácter se transformó. Tornóse retraído, tímido, y esquivaba el trato de las gentes

Entonces su organismo comenzó a flaquear. Vivía lleno de angustia. Una enfermedad seria y cruel se apoderó de él llevándolo al borde de la tumba. En esa oportunidad testimoniáronse las simpatías de que disfrutaba. Numerosas personas visitaron su casa, interesándose por él, hasta que mediante los esfuerzos de los médicos y los cuidados de sus parientes y allegados, se halló en franca convalescencia.

Los doctores ordenaron que Oscar emprendiera un viaje para recobrar las fuerzas perdidas. Era menester ponerle en contacto íntimo con el placer para devolverle asimismo la tranquilidad.

Y así ocurrió.

X

Oscar y su familia emprendieron el viaje con toda felicidad.

Por la urgencia de tomar el primer vapor, el joven no logró despedirse de Carmen, como lo deseaba. Del puerto le dirigió un expresivo telegrama.

Ya en alta mar el convaleciente halló tranquilidad Tenía sosegado el espíritu, y contemplaba con sa-

tisfacción el cambio favorable que experimentaba su madre. El también ganaba en salud, pero esto no le preocupaba. Avivaba su mente la ilusión del primer viaje, el deseo de conocer otras tierras y costumbres extrañas. El mar le encantaba. Largas horas permanecía contemplándolo, admirado de sus movimientos majestuosos, de su grandeza, de su poder. Creía adivinar en él voces de divina inspiración y sugestiones que halagaban su temperamento de soñador. Se extasiaba escuchando sus murmullos, sus gemidos, sus tempestades. La fe que de niño le habían inculcado, se robustecía cuando admiraba el cielo junto al mar; y los rugidos que infunden respeto y asombro. Se ofrecía a su espíritu una constante interrogación. La grandeza del mar se armonizaba con la grandeza de su alma. Ruidos, locuras, borrascas, también las había en lo íntimo de su ser. Triste como el mar, fuerte como el mar, misterioso como el mar.

La correspondencia también le proporcionaba horas agradables. Escribía a sus amigos, y siempre interesándose por Carmen, que le preocupaba de un modo serio. A ella determinó no escribirle. Quería dejarla en completa libertad. No obstante, en su Diario hizo numerosas anotaciones relacionadas con ella. Con frecuencia acariciaba un blanco pañuelito, tomado hacía tiempo a Carmen, sin protesta alguna de parte de ella. Aspiraba el perfume de esa prenda con verdadero deleite.

Entonces comprendía que esa mujer valía más que la vida, mucho más que el mar y el cielo que contemplaba.

XI

Después de algunos días de permanencia en Nueva York, Oscar recibió carta de Julio, muy interesante, porque le daba noticias de sus novias, y principalmente de Carmen.

Pero la parte referente a ella lo llenó de dolor. Dice así:

«Ahora, en cuanto a Carmen, no puedo darte referencias muy agradables. La corteja un caballerode excelentes condiciones y que no piensa en retirarse. Ella se manifiesta muy entusiasmada y ve con agrado ese rendimiento. Por lo visto se preocupa poco de tí; o quiere pasar de un modo alegre el tiempo para atenuar el pesar de tu ausencia. Sin embargo, no dejo de creer que tú ocupas lugar preferente en su corazón; lo prueba la circunstancia de haberme preguntado ella en diferentes oportunidades por tí. Se muestra muy extrañada de que no le hayas escrito. Comprendo que estos informes relacionados con Carmen no han de agradarte, salvo, naturalmente, los que se refieren al interés que ella demuestra pero adqurir el compromiso, cuando saliste del país, de informarte de un modo completo, y juzgando las cosas imparcialmente, y quiero cumplir lo prometido.

La ausencia quizás haya enfriado su pasión. A más de eso, debes comprender que ella no está en edad de pasar el tiempo. Las mamás apuran en estos tiempos el casamiento de sus hijas, inspiradas en un honrado deseo. Se vive ahora muy de prisa;

y los noviazgos deben cortarse, si no van dirigidos a la sacristía.

Carmen está hermosísima; da gusto verla. En el baile del palacio fué una de las reinas. No te mortifiques si te digo que de buen grado trabajaría por alcanzar el lugar que tu has ocupado en su corazón. Ser amado por una mujer así es para morirse de felicidad. Y tú no has observado buen comportamiento con ella; te extiendes porque has notado que te quiere; y yo te digo que no mereces ese cariño tan puro y desinteresado.»

La carta trata luego de algunos otros pormenores sin mayor importancia. Lo trascrito da una ligera idea de lo que ocurría mientras estaba ausente Oscar. De los conceptos copiados, algunos ligeramente contradictorios, se desprende que trataban de disputarle su amor al joven convaleciente. Por su parte, Carmen recibía con agrado, nuevos galanteos, que iban camino de la formalidad, lo cual daba pie para pensar que Oscar perdía terreno en su corazón.

XII

Algunas aventurillas galantes distrajeron un tanto a Oscar. Las mujeres le trastornaban y estaba siempre dispuesto a significarles rendida pleitesía.

A consecuencia de la nueva vida, escribía poco a sus amistades, sin dejar por eso de pensar en los ratos agradables pasados en su país. Sobre todo, meditaba mucho en Carmen, la primera mujer que le hizo sentir la emoción del cariño y que lo sugestionaba con sus encantos. A todas partes lo acom-

pañaba la imagen de esa niña. Repetía con frecuencia las palabras que ella más usaba, describía con propiedad sus movimientos, su belleza, sus virtudes. Sabía de los hoyuelos que se formaban en sus mejillas y de su armoniosa risa que desconcertaba al hombre más equilibrado. Las condiciones de su pelo de su frente, de toda ella, en fin, estaban en su imaginación de un modo imborrable. Las formas de sus vestidos, sus colores, sus menores detalles, las alhajas que usaba a menudo, eran recordados con toda propiedad.

Entre tanto la salud de su madre empeoraba. No obstante los empeños de los especialistas, no podía detenerse el curso de la enfermedad, que se había adueñado de la santa señora. Ella sufría mucho, pero con resignación, a fin de infundir valor a su familia, y principalmente a Oscar, que se encontraba también bastante delicado.

Pero la desgracia no se detenía allí.

La familia fué informada de un modo terminante, de que el joven, no obstante poder alcanzar mejorías, pasajeras y engañosas, había perdido la salud para siempre. El mal seguía; era traidora su enfermedad, que le minaba momento a momento la existencia. Esa situación no pudo ocultarse por mucho tiempo a Oscar, pues su perspicacia le hizo comprender sin dificultad, el estado en que se hallaba. Aunque conocía su sentencia de muerte, se encontraba resignado. No estimaba su vida. Pero la de su madre....! Por ella sí sufría y se atormentaba.

Así las cosas, se determinó el regreso a la patria.

XIII

—Y Carmen?

—Carmen está muy bien.

Fueron éstas las primeras frases que se cruzaron Oscar y Julio al bajar el primero del tren, en la estación de la capital de su país.

Muchos parientes y relacionados les esperaban; y pasadas las muestras de afecto acostumbradas, Oscar llamó a Julio para que caminase a su lado, y poder así tener oportunidad de conversar de lo que tanto le interesaba.

En la casa no pudo efectuarse la recepción que estaba preparada para saludar a los recién llegados, porque el estado de la señora no lo permitía. Venía grave, aunque ella se dominaba y fingía una mejoría que estaba muy lejos de sentir. Traía demacrada la faz, blancos los labios, pero la mirada llena de fuego y reflejando su fuerte espíritu.

Los médicos hicieron prodigios ayudados por los familiares, y con inmensa satisfacción notaron todos, a los pocos días, que la enferma mejoraba con rapidez. Entonces, sí hubo alegría en el hogar. Sonriente la madre, todos contentos. Mejorando la madre, todos satisfechos. Pero Oscar, el mayor de los hijos, que conocía la verdadera situación, aunque quería engañarse apareciendo alegre, comprendía que el estado de ella no infundía confianza. Los doctores confesáronle en diversas oportunidades que la dolencia era grave, aunque se manifestasen estados de un alivio momentáneo y engañoso. Asimismo, él estudió a fondo la enfer-

medad con objeto de ayudar a los médicos en sus investigaciones, y por lo tanto, estaba en condiciones de saber la verdad de las cosas.

Si Dios hiciese un milagro.... ¡Si la ciencia diese un paso más! Oscar divagaba de esa manera.

El mismo día de la llegada, el joven logró escaparse para ver de lejos a Carmen. Pudo mirarla al fin, y grande fué la impresión que sintió entonces.

Algunos días después, hallándose una amiga de visita en casa de Oscar, le dijo a éste sin preámbulo alguno, lo siguiente:

—Carmen se casa.

Oscar no pudo decir nada, y se manifestó visiblemente turbado, no obstante el esfuerzo que hacía para atenuar la tempestad de su alma.

Después, a solas en su alcoba, contemplaba extasiado el retrato de su amada.

XIV

A pesar de los empeños realizados y el batallar de la ciencia y del cariño, la madre de Oscar cerró los ojos para siempre. Dejaba los tormentos del mundo para volar al reino de lo eterno. Había pasado al campo del misterio, después de una vida llena de martirios, pero dignificada por el bien y la resignación.

La enfermedad de Oscar se acentuó. Era inmenso el cariño que profesaba a su madre, y la desaparición de ella, para él significaba la muerte. En nada encontraba consuelo; la desesperación le acompañaba; todo era oscuridad en su alma; no tenía fortaleza para soportar un dolor tan grande. El joven

pasó los primeros días como en un letargo, pues al principio no comprendía la magnitud de la pérdida; pero a medida que su juicio fué aclarándose, y dejaron de rodearle las amistades y se sintió a solas con sus pesares, comprendió lo que para él significaba lo sucedido. ¿Quién le consolaría ahora en los momentos angustiosos? ¿Quién se sacrificaría por él, velando por su quebrantada salud? Invocaba al destino, pero el destino no le respondía. Ante su alma se presentaba un desierto sin fin; en su imaginación todo era desorden. Para la inteligencia, sombras; para el corazón, amarguras, ya que sólo hiel le ofrecía la existencia. Y la hiel, era la más amarga que podía probar, porque le arrebataban su delirio, su compañera, su cariñosa viejecita que ya no podía responderle, ni aconsejarle. ¿Qué hacer entonces? La vida era ahora para el joven un tormento. Quería la muerte, y la pedía a diario. En tal situación, abandonó los negocios, sus proyectos, su carrera, pues ya le faltaba entusiasmo, alegría y consuelo. Sentía que de su espíritu se habían alejado las golondrinas del ideal. Vivía físicamente nada más. Su alma estaba apagada. Su sensibilidad, adormecida. No reía, no pensaba, no lloraba, pero sentía la debilidad moral, la locura, el fracaso.

¿Y la amada? En la misa del novenario la vió; pálida y triste estaba. Una mirada discreta y severa cruzáronse, que llenó el espíritu de Oscar de dolor y confusión.

Los pesares se sumaban a los pesares.

Esa mirada significaba tormento.

La muerte era preferible.
No podía con tanta pena.
Sentía la locura.
Carmen....!

XV

Llegó a oídos de Oscar en repetidas oportunidades que Carmen se casaba. El gustaba de esa niña, la quería, pero no podía pensar en ella con seriedad tanto por su juventud como porque las circunstancias en que lo colocaban la muerte de su madre y otros sucesos, le impedían ocuparse por ahora de tales asuntos.

Los amigos le hablaban a Oscar, con frecuencia, de Carmen. Efectivamente, estaba formalizando el próximo matrimonio de esa niña con un talentoso joven de la sociedad.

A manos de Oscar llegó al fin la participación en la cual se confirmaba la noticia. Todo estaba preparado. Oscar no pudo dejar de sorprenderse al principio; pero luego pensó que no consideraba de trascendencia ese asunto, y que, por lo tanto, el casamiento anunciado no le preocuparía más de lo que él se imaginaba.

Pero a medida que pasaban los días y se acercaba la fecha del matrimonio, la inquietud se apoderaba de su espíritu. Contaba las horas, los minutos. Su alma despertó de nuevo; su imaginación se avivó; su corazón no dejaba de latir con fuerza. ¿Qué pasaba en su ser, qué fenómeno tan raro se operaba en su cerebro que le hacía concebir encontrados pensamientos? ¿Carmen le era indiferente? ¿Sólo

sentía hacia ella simpatía? ¿La amaba? No podía saber nada de fijo. Raro en sus cosas, lo era ahora mucho más en sus preocupaciones más amables.

La víspera del día fijado para el matrimonio de Carmen con el señor don Antonio Montes, Oscar se sintió más nervioso que de ordinario. No había dormido la noche anterior. Comprendió de un modo definitivo que Carmen era la mujer que él amaba. Y esa mujer se casaba con otro. Ese ser destrozaría su vida, ya que sólo ella podría hacer brotar en su espíritu renuevos de alegría. ¿Qué hacer? Una suprema resolución lo animó y sonrió con la satisfacción que se experimenta cuando se ha tomado una determinación salvadora. Resuelto a afrontar todas las responsabilidades que su actitud le acarreara, redactó una tarjeta, con ánimo de enviarla a la mujer que amaba, para que considerara el paso que iba a dar, caso de que no se hubiese extinguido del todo el cariño que había sentido antes por él.

La tarjeta decía así:

«Carmen:—Deseo hablar con usted hoy mismo. Si no tiene inconveniente, sírvase indicarme lugar y hora. Estoy resuelto a todo.

Oscar.»

El joven leyó varias veces lo que había escrito meditando en el sentido de sus palabras. Era lo que necesitaba decirle. Personalmente, si lograba respuesta de la niña, le demostraría la grandeza de su cariño, su inmensa pasión, y agotaría todas las energías de su alma para que ella le mirase con ternura y se resolviese a aceptar su mano, que en tan

difíciles momentos le ofrecía. Oscar no pensaba en su rival, ni en el enojo de la familia, ni en el escándalo social. Veía sólo a Carmen. Consideraba que en ese día se jugaba su felicidad.

Pero de pronto un sudor frío corrió por todo su cuerpo, sus ojos miraban extraviados, la sangre se agolpaba a su cerebro. La tarjeta cayó de sus manos y fué a perderse bajo el sillón donde él se hallaba. Oscar quedó inmóvil; con los labios trémulos, la cabeza reclinada sobre el pecho, los brazos extendidos con desaliento. Un pensamiento vino a ensombrecer su vida, a llenar de dolor su alma. Recordó su enfermedad, su salud perdida, su inmensa desdicha. ¿Cómo ofrecerse en esas condiciones, teniendo la convicción de que si lograba unirse a ella, realizaría un crimen, porque estaba perdido para siempre? Por lo mismo que la amaba, no podía entregarse en tales circunstancias. Su enfermedad no tenía cura. Antes el sacrificio que convertir a Carmen en una víctima. Todo, pues, estaba perdido.

En un instante cayó el palacio de ensueño creado por su imaginación. A la visión de la dicha, sucedíase la cruz del martirio. Era menester apartarse del camino de Carmen, tratar de olvidarla, dejarla unirse a otro hombre que no podía quererla, no, como él la quería, ya que se sacrificaba por ella aunque ese sacrificio le diera la muerte. ¡Carmen era para otro!

Oscar sintió en su espíritu presagios de un fracaso moral y ráfagas de inmenso dolor.

No pudo contener por más tiempo la ternura que

encerraba su pecho, y, escondiendo el rostro entre las manos, dejó que el llanto llegara a sus ojos después de haberle quemado el corazón.

XVI

Don Antonio Montes y su señora salieron para el campo. Oscar comprendió más que nunca su desgracia. Le arrebataban su cariño, su dicha, su vida. El destino lo hacía a un lado, dejándolo a solas con sus penas y confundido en la desesperación.

Ese día escribió en su Diario:

«Lo que me pasa es para morirme de aflicción. Como si no fueran suficientes, la muerte de mi madre, mis quebrantos monetarios, mi enfermedad, el abandono de mis estudios y mis empresas, hoy tengo que sumar a todo eso el casamiento de Carmen, con otro hombre que me roba algo de mi alma, mi última ilusión. Y yo que soñaba con ofrecerle mi existencia purificada en el dolor, para mimarla, cuidarla, y vivir a sus pies ofrendándole todas las glorias y todos los sacrificios humanos...! ¡Ah! Se la lleva otro que no sé si la protegerá como yo soñaba hacerlo, si la estimará como lo merece! ¿Es ese el premio a mi cariño? Ese es mi fin? ¿Por qué razón dos corazones que se aman rara vez pueden unirse? ¿Quién puede explicar la razón del destino al dividir la felicidad, separando los seres que se quieren, que se desean, que se completan? ¿Será que no la merezco, que no soy digno de su cariño, que los males de la carne me alejan de la felicidad? ¡Porque ella sentía latir fuertemente su corazón al lado del mío, porque ella no me engañaba, porque

su mirar sólo yo lo comprendía, en toda su gloria!

No podrá estar Carmen a mi lado, pero en el pensamiento siempre me acompañará, porque no la amo por el apetito vulgar ni pensando sólo en su hermosura; la quiero porque ella es parte de mi vida, porque su espíritu me atrae, porque sólo ella me ha comprendido, porque he dirigido hacia ella mis meditaciones más nobles, porque está en mi mente presidiendo todos mis actos, iluminando mi existencia, siendo mi única esperanza, y por ser la única la que no puede alcanzarse nunca!

He recordado una estrofa de Manuel M. Flores, que dice:

> Con lazos eternos nos hemos unido;
> En vano el destino nos hiere a los dos....
> Las almas que se aman no tienen olvido,
> No tienen ausencia, no tienen adiós.

Yo la amo aunque no me ame. Lejos o cerca, siempre en mi pensamiento. En mi espíritu es mía y sólo mía, por la grandeza de mi afecto y la nobleza de mi cariño. Va por el mundo pero vive en mi corazón, animándome y consolándome.

Amar lo que ya no puede ser nuestro, da el mayor de los tormentos; pero asimismo es el amor más puro porque se basa en el desinterés.

XVII

Poco a poco fué serenándose Oscar, sin que por eso se resignara con su suerte. Comenzaba a hacer la paz con el destino. No obstante eso, cuando en alguna reunión divisaba a Carmen, sentía que todo su cuerpo temblaba, experimentaba

una sensación muy dolorosa y casi siempre abandonaba el lugar donde ella se hallaba para evitar atormentarse.

Su espíritu encontraba algún consuelo en los libros y en las serenas regiones de la fe. A eso obedecía, no hay duda, el sosiego de que a veces disfrutaba. Las diversiones, los galanteos, el frecuente trato social, dieron no pocos momentos agradables al joven y contribuyeron a disipar algunos de sus amargos pensamientos.

Así lo reconoce en carta dirigida a su amigo Pepe, radicado en New York. La parte que nos interesa dice así:

1 Febrero.

«.....

«Comienzo, Pepe, a comprender, que hago mal en estarme atormentando con el constante pensar en Carmen. No dejo de recordarla, pero ahora, con más serenidad. Tu carta última me ha consolado bastante, porque, en verdad, no hay otro camino que el de la resignación. Hacerme el cargo de que todo ha sido un sueño, tratar de divertirme para olvidar con más facilidad, es lo que ahora me propongo. Ella por su parte, debe encontrarse tranquila y satisfecha con su suerte, atendiendo sólo a su hogar.

Hoy hace nueve años ví por primera vez a esa mujer en una temporada de verano, y ¡cuán lejos me hallaba entonces de pensar en los sucesos que después se han desarrollado! Es difícil hacer desaparecer una ilusión acariciada tanto tiempo, pero espero conseguirlo, ya que me anima la preocupa-

ción de vivir tranquilo, atendiendo a mi quebrantada salud y sin preocuparme mayor cosa de los asuntos del corazón.

No puedo negar, sin embargo, que con frecuencia me anima el deseo de ver a Carmen, aunque sea sólo para adivinar el ruído de sus pasos que ha encontrado eco en mi alma. Me propongo a veces pasar cerca de su casa para mirarla un instante siquiera, pero me detiene el temor de que algún vecino observe mi asiduidad; y naturalmente, podría dar lugar mi actitud a extrañas conjeturas. Ya puedes figurarte cuán grande ha sido la pureza de mi amor cuando cuido hasta de detalles tan pequeños, pero que debo ocultar en atención a la reputación de esa mujer.

Las ideas que te he indicado obedecen quizá a una pura curiosidad, al deseo de velar por ella, aunque ya no puedo avivar la pasión que en otro tiempo llenaba mi vida entera.

Voy poco a poco recobrando la tranquilidad y espero viajar y disfrutar de la vida para que se aleje del todo mi tormento.

Te abraza, Oscar».

XVIII

Algunos párrafos del Diario de Oscar nos dan una idea de la situación en que se encontraba.

3 marzo....

«Ví hoy de lejos a Carmen. Vestía de azul con caprichos blancos. Llevaba velo también azul. No puedo negar que me sentí nervioso al verla tan gentil y

hermosa. Ella me miró, pero al notar que yo la observaba, desvió los ojos discretamente. ¡Siempre tan seria, tan digna, tan severa! Está algo delgada. Quizá su esposo le proporcione sufrimientos. No! El debe buscar su dicha; tiene que respetarla, porque de lo contrario....

Pero estoy engolfándome en consideraciones que no debo hacer. A más de eso, ella ha muerto para mi y el olvido se impone. No dejará Carmen de comprender el tormento que para mí significa la ausencia de su cariño, pero ahora soy para ella un ser insignificante en quien no debe pensar ni un instante siquiera. Yo, en cambio, no puedo dejar de recordarla, aunque ahora, con la frialdad del hombre resignado.

En el baile de ayer conocí a muchas señoritas, espirituales, bellas, amables, dulces, llenas de encanto, y disfruté de un rato agradable. Pero cuando me retiré de la fiesta no sentía ilusión, ni experimentaba nostalgia por alguna de las damitas que allí estaban. A Carmen siempre la llevo en el alma, no obstante haber pasado tanto tiempo sin saber lo que ella piensa de mí. No podré hablarle más. Siento que la voz se ahogaría en mi garganta si me encontrara en su presencia.

No comprendo, en verdad, lo que me ocurre. Me fastidia la existencia. He perdido la alegría. Se ha llenado de sombras mi mente. Mi carácter es ahora áspero y ajeno a toda amistad. Huyo de los hombres. La naturaleza me atrae pero no me consuela. Los animales no comprenden mis cariños porque no sé prodigarlos. No tomo una determina-

ción definitiva. No tengo la suficiente energía para ser dueño de mis actos. Si yo pudiera olvidar a esa mujer, viviría tranquilo....! No no! Mejor es morir sin olvidarla.

XIX

18 agosto....

«Hoy más que nunca comprendo lo mucho que amo a Carmen. Estoy convencido de ello. Trato de olvidar, y no puedo olvidar; procuro alejarme, y mis pasos me dirigen a verla, a prudente distancia, eso sí, para evitar que ella me observe. Y no me satisface mirarla. Al contrario, sufro más. ¿Por qué se casaría con Antonio....? Ah! No podía haberse casado conmigo, es verdad, por mi infortunada existencia; pero contrajo matrimonio con otro, y yo no puedo consolarme. El amor es exclusivo, egoista; para uno o para nadie, se repite con frecuencia, y así debiera ser. Pero en mi caso, yo creo que amar a Carmen verdaderamente, significa sacrificarme en silencio, para que ella sea feliz al lado de su esposo Lo contrario sería precipitar su desdicha. Y yo, por verla dichosa, daría la vida con gran satisfacción. Bien vale la existencia una mujer como Carmen. La visión de Werther no se aparta de mi mente. No pudiendo Carlota ser suya, se quitó la vida después de haberse despedido de ella con un beso. ¡Qué severa creación la de Goethe! Darío en «Parisiana» me recuerda que M. Syveton se suicidó por una mujer. También procedieron de igual modo el Presidente Féliy Faure, Boulanger y Gambetta. Casi todos los suicidios los mueve el amor. Grande, no.

hay duda, es la locura que produce el cariño contrariado, cuando inclina a esa resolución.

Si en la otra vida se unieran las almas que se quieren....! Si todavía Carmen me amara y pensara en que podíamos encontrarnos después de la muerte....! ¿Será el sepulcro la puerta de la verdadera dicha? La paz, ¿es de la muerte? ¡Qué horror! Sólo locuras pienso. Carmen! Carmen!»

XX

14 setiembre.

«Con afán he besado el pañuelito que conservo de Carmen. ¡Qué perfume, qué recuerdo! Han acudido a mi memoria los ratos de felicidad pasados a su lado; las frases que frecuentemente emplea, su risa, su andar, sus trajes, sus coqueterías inocentes. ¡Y pensar que ella es de otro!

No puedo olvidar que una vez, elogiando con entusiasmo sus ojos, la dije que eran fuentes de ternura, en los cuales se reflejaban la pureza y el encanto. Ahora los considero como puñales que me destrozan, me atormentan, me acusan.

No me resuelvo a vivir lejos de ella. No puedo seguir así aunque comprenda que todo está perdido y que no puede esperarse que el amor se una al amor en esta vida. Veo el cariño junto al odio, la indiferencia junto al afecto, el entusiasmo junto a la frialdad, el interés junto al sacrificio, el desdén junto al desdén, pero no el amor junto al amor. Esta fuerza, como el imán, repele al mismo polo y atrae al contrario. Pero yo no me resigno. Amo a Carmen y no puedo vivir estando alejado de ella

por los convencionalismos de los hombres. Deseo la muerte con desesperación. Quizá de ese modo me recuerde ella un poco, y esa sería mi mayor satisfacción al abandonar el mundo. Y todo se arregla de un modo muy sencillo. Ordeno mis negocios, quemo todos mis papeles, y cualquier día... Después, los funerales, los testimonios de pesar a mi familia, sinceros unos, otros obligados por los rozamientos sociales; y pasados unos meses, todo en calma, olvidados los comentarios del suceso por haber pasado la oportunidad, el mundo marchando como siempre y yo gozando de la paz eterna.

Valor no me falta para dar ese paso. Desprecio la vida y amo el sufrimiento; quiero la muerte para dejar tranquila a una mujer que no puede ser feliz mientras yo viva, porque sabe de seguro hasta qué punto la amo. Habrá un pequeño escándalo, ya que se desdeña al que se quita la existencia, pero entre las gentes y ella pesa más en mi destino esa mujer, y por ella debo resolverme al supremo sacrificio.

Todo el día he estado recordando los versos de Núñez de Arce que dicen:

¡Veinte años! Quién me diría
Que tuviese al cabo de ellos,
Si no blancos mis cabellos
El alma apagada y fría?

Muchas veces he pensado en entregarme al licor para tratar de olvidar todas mis penas, pero no tengo la suficiente entereza para soportar resignadamente el desprecio de los hombres y experimentar los síntomas del desequilibrio. A más de eso, no lograría, a la postre, el completo olvido de mis do-

lores. La medicina sería de resultados momentáneos y no de efecto definitivo como yo lo deseo.

Quiero llegar al reino de lo desconocido. Mi madre está en él, y en no lejano día se unirá a nosotros Carmen, y entonces nada podrá separarnos. Sin Carmen no quiero la vida, y como ella pertenece a otro hombre, deseo la muerte!»

XXI

Era el dìa de los muertos.

Oscar se levantó muy temprano y tomó el desayuno con toda tranquilidad. Escribió después varias cartas, se vistió de riguroso luto, guardó en el bolsillo del pecho una fotografía y un pañuelito bordado, tomó de la mesa de noche un objeto brillante que escondió con precipitación, y después de asegurarse de que nadie le observaba, salió de su casa con acelarado paso.

Llegó al cementerio.

Serìan las ocho de la mañana.

El cielo sombrío. Uno que otro cuervo cruzaba el espacio. En el campo de los muertos, mucha calma. Nadie iba por los caminillos. Las bóvedas, blancas las más, sosteniendo esqueletos de ofrendas de flores. Muy rara vez veíase un ramo fresco, testimoniando la oportunidad de un fúnebre recuerdo.

El joven se dirigió a una bóveda conocida. Caminaba con precipitación palpando su revólver. Deseaba morir junto a su madre, cuya memoria tanto veneraba. Tenía pálida la faz y temblorosos los labios.

Pero al acercarse a la bóveda notó que una mano inmaculada colocaba flores sobre ella, delicadamente. Se acercó más, sobrecogido de temor. La mano era de una dama enlutada a la cual le hacía compañía una niñita.

Oscar se turbó, inclinó la cabeza y procuró ocultarse, porque Carmen era quien consagraba un recuerdo a la anciana desaparecida. Carmen, pues, participaba también de sus dolores, se preocupaba de sus cosas, sufría junto a él, no obstante estar separados para siempre.

El joven se sintió movido por una fuerza superior y quiso mostrarse a su amada, derramar ante ella, de rodillas, toda la ternura de su alma; pero un sentimiento elevado lo hizo detenerse. El honor de esa mujer le impedía permanecer mucho tiempo cerca de ella; y tomando una resolución suprema, inundado su corazón de alegría, se alejó de aquel lugar, paso a paso, con la cabeza baja, avergonzado del propósito que allí lo había llevado, y recordando las oraciones que su madre le enseñara en la infancia y que ahora perfumaban el santuario de su fe.

Ya amaba la vida. Era menester vivir, esperar el desenlace de su enfermedad, para velar algún tiempo por Carmen; para ser su aliado, para protegerla, para desearla momento a momento la felicidad y participar así de una dicha que tan inesperadamente se refugiaba en su corazón, porque su amada no le olvidaba. Cuidaría de su quebrantada salud, para vivir algún tiempo más, y así, al menos sabía que el día de los muertos vería a Carmen.

a su antojo, de rodillas junto a la tumba de su madre, orando devotamente y colocando flores muy perfumadas que guardaban el secreto de sus lágrimas....

XXII

Pero a la mañana siguiente, al despertar y darse cuenta Oscar de que el encuentro con Carmen en el cementerio era un sueño nada más, y que ella no podría revelarle nunca si le amaba, porque estaba casada con Antonio, escribió en la última página de su Diario lo siguiente, temblándole la mano y con el corazón sobrecogido de espanto:

«Huir de la vida en plena juventud, asesinar amistades, temblar por la mirada de un ser y desafiar la de la multitud; vacilar por los detalles y no sentirse impresionado ante lo grandioso. En los labios, una sonrisa de falsa alegría; en el alma, crespones negros. Insensible a fuerza de tanto sufrir. Olvidando los triunfos pasados y desdeñando los futuros. Sin hallar interés en nada; y sin saber admirar lo heroico ni lo santo. Cansado del placer, de la comodidad, de atenciones, de convencionalismos. Sin aspiraciones, sin remordimientos, sin satisfaciones. Fatigado de los galanteos, de las tertulias, del trabajo. Recogiendo dinero sin cuidarle. Despreciando los vicios y abrazándolos a todos en un solo instante. Sin importar el orgullo, la cultura, ni el hipócrita comercio de la existencia. Sin devociones. Sin ira bastante para ser escoria. Sin voluntad para tomar una determinación, o reir, o llorar. Frialdad para todo. Sin interés de ser amable ni genero-

so. No teniendo el consuelo de odiar a los que no quisieron abrigar ternuras ni impulsar los entusiasmos. Indiferente ante el peligro. Sin pensar en nada definitivo, ni temer, ni desear. El corazón cerrado para el afecto, sin ojos el pájaro de la dicha, pero buscando un abismo, el abismo del fracaso, el más dulce de los suicidios, que es quizás una venganza íntima, un gesto de rebeldía del que, no pudiendo desaparecer violentamente por estar obligado a vivir para otros, prefiere asomarse a su alma a cada instante para ver desfilar el fúnebre cortejo de lo que fueron sus ilusiones, sus cariños y sus alegrías....»

* * *

Pocos días después, Oscar fué llevado al manicomio.

LA MUECA DEL DESTINO

LA MUECA DEL DESTINO

DRAMA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

Doña Esmeralda.....	60	años
» Susana.....	55	»
Srta. Isabel.....	27	»
Don Abundio González.....	65	»
» Segismundo	60	»
Pablo.....	30	»
Andrés, (primo de Isabel).....	28	»
Pepito, (hijo de don Segis)....	10	»

Época actual.

ACTO PRIMERO

Sala de recibo, modesta, pero arreglada con buen gusto en casa de don Abundio González, antiguo industrial. Por todos lados, fotografías, figuritas de porcelana y floreros hermosos. Hay también herraduras, adornadas con cintajos y colocadas en los lugares más visibles, llamando la atención de todos los visitantes, lo cual llena de gozo al supersticioso propietario. Mesa en el centro de la sala.

Tarde de verano.

ISABEL, (es una joven hermosa y romántica. Aparece leyendo un libro de versos).--¡Ay, que poetas! Sólo tonterías dicen; y lo peor es que una cree esas cosas y sueña con amores bien correspondidos y con caballeros sinceros. ¡Jesús! ¡Qué escasos están los caballeros! (Leyendo):

«—¡Alma mía, mi amor, paloma mía..!—
el hombre sollozando murmuraba;
ella muerta de amor le sonreía,
y él muriendo de amor la enamoraba.»

(Cerrando el libro con desdén). A este poeta lo ahorcaba yo, y es nada menos que Zorrilla, uno de los consagrados por los intelectuales. Un hombre

muriendo de amor... ¡Eso ya no se concibe! Y vamos a ver, ¿por qué se fué anoche tan temprano mi Pablo? Todos los días igual.... Que el Club, que un negocio urgente, que un pariente enfermo.... ¡Qué sé yo! La mar de falsedades.

D. SEGISMUNDO, (entrando por el foro seguido de su hijo Pepito, que no por ser travieso e inquieto, deja de ser el encanto de su padre).--Se puede....

ISABEL.--Adelante, don Segismundo. Hola, Pepito.

D. SEGIS, (a Pepito).--Saluda, tonto.

PEPITO.--¿Ah? Sí. Buenas tar.... des.

D. SEGIS.--Aquí somos de la casa. (Busca asiento).

ISABEL, (sonriendo).--Eso es. Y su hermana, ¿cómo va?

D. SEGIS.--Bien, bien. Mil recuerdos para todos. Algo delicadilla, muy molesta, en estado.... indisposición que se esperaba.... Bueno, usted me comprende, Isabel. Por el niño no podemos hablar muy....

ISABEL.--Sí, señor. (Señalando al niño). Y qué alhaja tiene usted!

D. SEGIS.--Muy monito, muy monito. (Reparando en una herradura). Otra herradura. ¡Qué Abundio!

ISABEL.--Ya ve; no hay donde colocar más; terminará por colgárselas a mamá.

D. SEGIS.--Je, Je!

ISABEL, (aparte, al ver al niño que se entretiene jugando con las figuritas de porcelana que se hallan en la mesa del centro).--A éste le ahorcaba como al poeta. Y su empalagoso papacito no le llama la atención. (A don Segis., y en tono burlón, como queriensignificar su enojo por las travesuras de Pepito). ¿Bonita tarde, no?

D. Segis.--Preciosa, preciosa, muy bonita; y por eso traje a Pepito.

Isabel, (aparte).--Su bendito niño....

D. Segis.--Va a ser todo un hombre, un digno hijo de su padre, un carácter. Lanza piedras a las autoridades. Oh! Un anarquista, un anarquista....

Isabel.--¿Y su padre?....

D. Segis--Bien, muy bien; gracias. Digo.... contesté sin pensar. Creí que hablaba usted de....

Dª. Esmeralda, (entrando por la derecha).—Buenas tardes Segismundo.

D. Segis.—Muy buenas, Esmeralda. (A Pepito). Saluda, primor.

Pepito, (molesto).--Ya saludé.

D. Segis.--Pero ha entrado otra persona.

Pepito.--Una vieja muy fea....

D. Segis., (muy apenado).--¡Qué insolentito! Ustedes dispensen. Crean que me he apenado mucho. El no es así; no vayan a pensar...

Dª. Esm..--No se preocupe usted. (Aparte a Isabel). Regálale unos dulces al nene!

Isab., (a Dª. Esmeralda).—Ipecacuana le diera yo.

D. Segis.--Y Abundio? ¿Metido como de costumbre en su oficina?

Dª. Esm.--Sí. Vamos allá, si usted gusta.

D. Segis.--Al momento. Tengo que comunicarle ciertos detalles de una investigación difícil... Oh, el detectivismo! Soy muy aficionado, muy aficionado... (Al niño). Vamos, Pepito. (Salen por la derecha, Dª. Esmeralda, D. Segismundo y su niño, que con dolor se despide de las figuritas de porcelana).

Isabel, (cuando se ha quedado sola).—Gracias a

Dios. El nene es una perla! Y don Segismundo otra perla! (Inquieta). Hoy estoy inaguantable; ni yo misma me soporto. Quisiera...

AND., (entrando por el foro).—Primita, buenas tardes.

ISABEL, (aparte).—Otra perla! (A Andrés). Hola, Andrés! (Pausa). Qué casualidad! Mamá hace unos momentos me preguntó por tí; quiere hacerte no sé qué encargo.

AND.—Muy agradecido por la confianza, pero después hablaré con ella. Ahora me urge hablar contigo.

ISABEL.—Seguramente quieres enterarte de la salud de la familia, pues todos muy bien, y, por cierto, sin extrañar tu ausencia. Adiós, Andrés; tengo que hacer...

AND., (deteniéndola).--Un momento, Isabel; no te burles. Te encuentro algo molesta... Ten paciencia, porque quiero que hablemos de algo que a los dos nos interesa mucho.

ISABEL.—Pues, te interesará a tí.

AND.—Como quieras, pero óyeme.

ISABEL, (con enojo).—Habla!

AND.—Te ruego escucharme con calma, porque de esta entrevista depende mi porvenir. (Isabel ríe.) Sin terminar me insultas.

ISABEL.—No; Dios me guarde. Me hizo gracia tu seriedad.

AND.—Pues sí, hablo en serio, Isabel. (Pausa). Tù sabes lo mucho que te he distinguido siempre, y que, a más de mi vivísima simpatía y mi cariño de pariente, tienes....

ISABEL.—Tengo unas ganas de irme...!

AND.—No me mortifiques. Tú, Isabel, eres dueña de mi amor, de mis preocupaciones, de mis ensueños, de mis pensamientos más puros. La vida se me hace insoportable sufriendo tu indiferencia. ¿Por qué no me das una palabra de esperanza? ¿Por qué me miras con tanto desdén? Acepta mi amor que condensa mis más nobles sentimientos y las ilusiones más puras de mi espíritu. No te alegres de mi dolor. Es injusto pagar con el desprecio una justa y santa preocupación. Bien sabes que soy sincero; mil veces te he hablado de amor y mil veces he llorado. Isabel, Isabel, ¿no te compadeces de mí?

ISABEL.—Mira, Andres; voy a hablarte en serio, pero no te exaltes. Yo te estimo mucho, te agradezco tu amor, te quiero. . .

AND.—No digas más, soy feliz.

ISABEL.—Espérate. Te quiero como a un pariente muy noble, como a un hermano; pero mi amor no puedo ofrecértelo. Es de otro. . . , ya lo sabes.

AND.—¡Qué desgraciado soy! Ese otro. . . Brillante posición, talento, refinada cultura, y yo, nada puedo ofrecerte.

ISABEL.—No es eso, Andrés.

AND.—Entonces. ¿Por qué le quieres?

ISABEL.—Porque sí; porque yo le quiero. Esa es la única razón. Dejemos este asunto. Ya sabes que debes llamar a otra puerta. . .

AND.—Has pronunciado mi sentencia de muerte. (Pausa) ¡Qué vida tan desdichada la mía! (Suplicando). Cambia ese semblante adusto; no me atormentes más. Un poco de piedad, una vaga esperanza al menos. . . (Pausa) Nada! Está bien, Isabel. No me

resigno, pero tampoco volveré a molestarte. (Con resolución.) Pero eso sí, desde este momento soy tu enemigo y aguarda mi venganza. Ya lo sabes: tu enemigo!

ISABEL.—Amenazas... ¡Ja, ja, ja!

AND.—Ríete ahora; llorarás después. Puedo trasformar tu felicidad.

ISABEL.—¡Ja, ja, ja! A diario me lo dices...

AND.—Pero hoy es el último dia. Llorarás muy pronto. Isabel, adiós! El último adiós!

ISABEL.—Como tú quieras....¡Ja, ja, ja! (Se va Andrés por el foro).

Dª ESM., (entrando por la derecha).—Hija, ¿con quién hablabas?

D. AB. (también por la derecha).—Oímos voces fuertes. ¿Ha ocurrido algo?

ISABEL.—Nada serio; lo de siempre. Andrés diciéndome de nuevo que me ama, y yo contestándole que no me preocupa, ni mucho ni poco su cariño. Aunque hoy ha quedado el pobre más disgustado. Hasta me ha amenazado....

Dª ESM.—Amenazado!

D. AB.—Cómo?

ISABEL.—Es de reírse. Dice que se vengará de mí, que me hará llorar.... ¡qué sé yo! ¡Ja, ja, ja!

D. AB.—A ese le creo capaz de todo. Un hombre enamorado es algo que se lleva sin dificultad la corriente de la locura, porque el corazón abatido por la desesperación nubla el entendimiento.

Dª ESM.—¡Qué sabes tù de esas cosas!

D. AB., (a Dª Esmeralda).—Chiquilla mia ¡cuánto

te he adorado siempre! Estamos como la víspera de nuestro casamiento. ¿Verdad?

Dª Esm., (ruborizada).--Tanto como eso no....

Isabel.--Yo habría gozado mucho viéndoles a ustedes de novios. Pero eso no podía ser. Claro! No podía ser.... (Risas).

D. Áb., (a Dª Esm.—¿Oyes a nuestra hija? Parece una chiquilla con sus filosofías inocentes. (Isabel ríe y sale por la izquierda).

Dª Esm.—No he encontrado otro camino que el de la risa. Tú sales con unas cosas....?

D. Ab.—¡Je, je!

D. Seg., (entrando por la derecha).—No podía ser de otro modo. En la obra sobre detectivismo que acabo de leer, he encontrado unas cosas tan puestas en razón que me han entusiasmado bastante. Mîra, Abundio! Por un procedimiento modernísimo se puede saber, examinando las partículas de polvo que se encuentran en el calzado del detenido, en qué lugar ha estado anteriormente, y mil cosas más. Oh, es maravilloso!

D. Ab.—¿Y para saber quién es el delincuente?

D. Seg.—Eso....mira; espérate. Todavìa no he llegado a ese capítulo; pero ya lo sabremos. Pronto aclararé mis dudas.

Dª Esm.—No sé de qué le ha servido a usted tanta lectura, porque todavía no he oído hablar de alguna captura en que usted haya tomado parte, siendo Consultor del Cuerpo de Investigación. (Recalca las últimas palabras). Aquel robo famoso del Banco está todavía en el misterio; y usted me dijo que...

D. Seg.—Ya caerá el velo. En eso hubo una equi-

vocación, porque seguimos los consejos de un manual modernísimo, pero equivocamos el capítulo. Nó se apure, Esmeralda. Haremos la captura. Descuide en la ciencia!

D. Ab., (en tono de burla). — Bien, esperemos. (Risas).

D. Seg.—Algún día triunfaré y entonces os reiréis de mí.

Dª Esm., (cambiando de tema para agradar a don Segis.) A propósito, Segismundo. Quiero comunicarle algo interesante relacionado con Isabel, pues creo que usted tiene derecho a saberlo, ya que es el amigo más íntimo y apreciado de esta casa.

D. Seg.—Gracias, Esmeralda. ¿Qué hay?

Dª Esm.—Que Isabel se casa pronto con Pablo.

D. Seg.—Hola!

Dª Esm.—Ella y él están muy contentos porque se quieren, y todo va como sobre rieles. Aunque el necio de su primo se ha empeñado en atormentarla.

D. Ab.—Y hasta la ha amenazado. Majadero! Si continúa mortificándola, ya sabré darle una leccioncita.

D. Seg.--Agradezco la confidencia. Yo siempre hago causa común con las preocupaciones de ustedes. Seré padrino; me nombro irrevocablemente y no se admite apelación.

Dª Esm.—Ahora somos nosotros los agradecidos.

D. Ab.--Ciertamente....

Dª Esm.—Voy a comunicarle a Isabel la determinación de Segismundo. Los dejo conversando. (Sale por la izquierda).

D. Seg.—Y... ¿ya está todo arreglado para el casamiento de tu hija?

D. Ab.—Todo no. Falta fijar la fecha del enlace. Pablo quedó de indicármela un día de estos.

D. Seg.--¡Qué rinconcito de felicidad es el matrimonio cuando hay cariño!

D. Ab.--Pues si te agrada, cásate otra vez. Un viudo es un mueble inútil. Lo mejor que puedes hacer es casarte con una jamona seria y hermosa, si es posible, que te alegre los últimos días, que son pocos dichosamente!

D. Seg.--¿Tan poca vida me deseas, criminal? ¡Ja, ja, ja! El matrimonio es negocio muy delicado que debe pensarse mucho.

D. Ab.--Vuelve los ojos a tus días de casado. No puedes negar que tu mujer,--que en el cielo esté,--te hizo dichoso sin merecerlo tú, que eres un tarambanas. Yo, lo sabes bien...., soy feliz con Esmeralda y mi hija, que es un encanto. Disimula el elogio, Segismundo, pero es la verdad.

D. Seg.--Las alabanzas de los padres siempre son nobles.

D. Ab.--Filosofía tenemos! Busca novia; no dejes pasar el tiempo, porque ya eres viejo y puedes quedarte dormido de un momento a otro, mamándote un dedo.

D. Seg.--No tanto. Tú sabes que con todo y ser viudo....¡Ja, ja, ja! Acuérdate de aquella....

D. Ab.--Cállate, sinvergüenza... (Risas).

Pablo, (entrando por el foro).--Perdonen ustedes, pero...

D. Ab.--Salud, Pablo.

D. Seg.--Hola, pollo! Pero, ¿por qué vienes tan azorado? Hay novedades en el Congreso.

Pablo.--Nada, don Segismundo. Impertinencias que nada valen. (A don Abundio). Deseo hablar con usted a solas unos momentos, don Abundio; tengo urgencia y que don Segismundo perdone...

D. Seg.--Oh! Soy de confianza.

D. Ab., (a Pablo).--Como gustes.

D. Seg.-- Me voy al escritorio de Abundio a continuar una lectura muy interesante. Se me había olvidado el asunto. (Pausa). Claro! Si las partículas de polvo se examinan con el cuidado debido... (Sale por la derecha).

D. Ab.--¡Qué Segismundo! (Silencio embarazoso. Don Abundio permanece sentado; Pablo está de pie, y su rostro refleja profunda inquietud).

Pablo, (vacilante).--Bueno; usted verá.... (Otro silencio). Es que naturalmente,....es necesario....

D. Ab.--No te turbes, hijo mío. Lo mismo me sucedió a mí. Quieres hablarme de la fecha que ha de hacerte feliz. No te preocupes; hablemos.

Pablo.--Desgraciadamente, don Abundio, no es de eso de lo que ahora quiero hablarle. Es algo muy serio lo que me trae aquí. Lo único es que vacilo....

D. Ab.--¿Por qué?

Pablo.--Porque no quisiera hacer pedazos su corazón hablándole de....

D. Ab.--¿De qué? Explícate, hijo mío, porque me pones nervioso.

Pablo, (aparte). -- Quisiera ahora callar, pero ya no puedo.

D. Ab.--Habla pronto.

PABLO.--¡Pues sea! Me encontré con Andrés frente al Convento, y me detuvo para darme una noticia tan grave, tan cruel, que de muy buen grado hubiera preferido en su lugar, una puñalada en mitad del corazón. Con una ironía que casi me hace arrancarle los ojos, me dijo que ya que iba a casarme con la mujer de mi cariño, tenía que comunicarme algo muy interesante. Me dijo...

D. AB.--Acaba, Pablo!

PAB.--Me dijo que Isabel, oye usted, su hija, era hija de Dª Esmeralda pero no de usted. Ya está. Comprende? Me comunicó además que él tiene datos insospechables....

D. AB.--Cómo? Qué dices? Has perdido el juicio? (Pausa). No....no puede ser. ¡Qué locura! Esmeralda, la anciana que es mi alegría y mi consuelo, la madre de Isabel, dice Andrés que....Le quitaré la vida! Es un villano! Yo le sacaré la lengua al que ha tratado de empañar mi felicidad. (Cae en una silla, sollozando).

PABLO.--Don Abundio, serénese usted. Puede ser falso; yo ni un momento lo he creído.

D. AB.--Pablo, y si resulta verdad? Tras tanta dulzura estará la mancha de que habla ese canalla de Andrés? ¿Será posible? ¿Podrá caer toda mi felicidad por el chisme de un malvado? Porque Andrés miente. Eso sí. Lo juro que miente. ¿Ella ímpura? (Pausa). Horror! (Llora).

PABLO.--Andrés me entregó un papelito, amarillento por la acción del tiempo, que es una prueba seria si no se explica satisfactoriamente. Pero le pido un poco de calma, don Abundio. Los hom-

bres ante la desgracia, deben ser serenos y valientes.

D. Ab.--Para estas cosas, Pablo, no hay hombres tranquilos. La frialdad en estos momentos equivale a un crimen. ¿Sabes lo que significa la pérdida de las ilusiones de toda una vida?

Pablo.—Olvida usted, don Abundio, que este golpe también es mortal para mí. Más tranquilidad, para que pueda leer el billete que Andrés me entregó, mientras se alejaba lloroso y compungido por entre la multitud.

D. Ab.--¿Qué dice el billete?

Pablo, (desenvolviendo un papelucho).—Los caracteres casi no se distinguen. Dice así: «Juan, hoy a las once de la noche sin falta en el jardín.—Esmeralda». No tiene fecha.

D. Ab.--¿Qué? ¿Eso ha escrito Esmeralda? (Toma en sus manos el papel). Virgen santa! Sí, sì, su letra; la misma letra. Lo que antes me proporcionaba alegría, ahora me llena de oprobio. Jesús! Yo no resisto más; muero de dolor.

Pablo, (aparte).—¡Pobre don Abundio!

D. Ab., (meditando).--¿Será posible? Bah! Serenémonos un poco. No sería conveniente que me encontraran en un estado lamentable.

Pablo.--Muy bien, don Abundio. Antes que derramar lágrimas, debe el hombre tomar la resolución que corresponda.

D. Ab.--Sí, Pablo. Déjame ahora solo, porque quiero meditar un poco y proceder luego como es de rigor. Debo luchar con mi atormentada razón. ¿Podré ver con claridad el camino que deba seguir?

¡Ay dolor! Cuando una pena muy grande se ha clavado en el alma, la razón pierde su brújula. Márchate, Pablo, márchate!

PABLO.--Ciertamente; ahora debo dejarlo. Prudencia, don Abundio. (Sale lentamente por el foro).

D. AB., (solloza).-- Esmeralda..., ya no es mi Esmeralda! La adorable viejecita que alegraba mi vida...! Pero, no puede ser... (Leyendo nuevamente el billete funesto y estrujándolo después). Maldito! ¿Quién será ese Juan que ha destrozado mi vida burlándose de mi honor? ¿No hay en el mundo castigo para los grandes malvados? (Pausa). No, no lo hay. Hay penas para el débil delincuente, pero no para los profesionales del crimen que saben burlarse de las leyes. Justicia aquí abajo...? La habrá en el cielo pero en la tierra no. (Pausa). ¿Qué crimen habré cometido para merecer castigo tan grande? Ironìas de la vida! Misterios del destino! (Paséase por la sala con las manos a la espalda). Esmeralda impura... Juan... Isabel... Pablo... La mitad de mi vida diera yo porque todo esto fuera un sueño angustioso y no una cruel realidad.

Después del sueño terrible se ofrece el despertar amable; pero tras la realidad sólo vienen estremecimientos de alma, gemidos y desesperación. Vamos, valor! (Logra serenarse un poco y revisa su billetera). Aquí hay valores pero no hacen una suma conveniente. Debo hacer un giro. Pero... ¿a quién llamo? ¿A Isabel? Ya no es mi hija. ¿A Esmeralda? Ya no es mi Esmeralda. ¡Ea! Será a la hija de Juan, de ese Juan que ha echado a rodar

la felicidad de esta casa. (Llamando). ¡Isabel! ¡Isabel!

ISABEL, (dentro).--Voy, papacito.

D. AB., (con dolor).--¡Papacito! ¡Desdichada...! No conoce la verdad; cuando el velo caiga, ¡qué pesar! (Fuerte). Isabel!, mi libro de cheques! (Pausa).

ISABEL, (saliendo por la izquierda).--No lo encontraba. Todas las cosas de tu escritorio están en desorden. Don Segismundo se ha creído que tú eres hermano de él, y se juzga autorizado para revolverte los papeles.

D. AB.--Je!

ISABEL, (entregando a don Abundio el libro de cheques).--Pero, ¿qué te pasa, papacito? Das miedo. (Le besa). ¿Te has descompuesto? ¿Alguna mala noticia? Pobre mi viejecito! Y nosotras tan tranquilas...! (Le besa de nuevo).

D. AB., (más sereno, como si el beso de Isabel le hubiese refrescado el entendimiento).--Cosas de los negocios, Isabel. Nada, nada. Vete tranquila. Ya me pasó la emoción. La desgracia de un amigo, su quiebra inminente....

ISABEL.--¿Quieres tomar algo?

D. AB.--No, Isabel. Anda con tu madre. Ya estoy bien; no te preocupes....

ISABEL.--Voy a prepararte algún calmante. (Sale por la derecha).

D. AB., (cuando se ha marchado Isabel). No, no. ¡Tan inocente, tan buena! Hoy es el último día que puede ofrecerme besos y palabras de consuelo. Pobre hija.... hija de Juan! (Pausa. Hace un cheque con mano temblorosa, y lo deja sobre la mesa). Es

preciso dejarles lo necesario para vivir. La desesperación no nubla tanto mi inteligencia para dejar de pensar en mis últimos deberes.... (Tomando el cheque y leyendo). Veinti....cin....co mil colones. Es suficiente dinero. ¿Para qué quiero mi fortuna si no tengo paz en el alma? El dinero para los vivos; yo tengo muerto el corazón. (Pausa). Me retiraré para siempre de esta casa que guardaba todos mis afectos. Entré a ella, allá en mi juventud, en compañía de mi esposa, y reflejando en el rostro la alegría más grande de la vida; y hoy salgo, desesperado, loco de pesar, dejando a Esmeralda que era mi locura, y a Isabel...., Isabel, el primoroso fruto quizá de unos amores ilícitos. Desgraciado de mí! Dios mío! Dádme fuerzas para decirle adiós a ella...., a Esmeralda....., la Esmeralda de Juan..... (Pausa). Vamos, más tranquilidad. Sí, sí. Ya está todo arreglado; y es preciso llamar a Esmeralda para despedirme de ella. Quisiera marcharme sin dar ese doloroso adiós, pero no, no; debo hablarla, y verla llorar su crimen. Je! Ahora soy el verdugo y ella la víctima! Que salga pronto. Terminaré por perder el poco juicio que me queda si continùo en esta casa maldita. (Llamando imperiosamente). Esmeralda. ¿No oye usted? ¡Señora Esmeralda!

Dª Esm., (entrando por la izquierda). Me has asustado, niño mío. Creì que agonizabas.

D. Ab.--Tal vez....

Dª Esm.--¿Qué se ofrece? Pero....¿qué significa ese semblante? Una pérdida en los negocios? Bah! Aquí estoy yo para consolarte. Pobres o ricos, siempre dichosos.

D. Ab.--Ahora no.

Dª Esm.--Déjate de bromas, Abundio, que me estoy poniendo nerviosa. ¿Tienes el dolor del costado?

D. Ab.--Vamos, no es broma. Ahora quiero que usted y yo hablemos seriamente, y con toda calma, ya que....

Dª Esm.--Pero...., ¿por qué no me tratas de tú?

D. Ab.--Cosas de cosas, señora Esmeralda! Sólo le pido un poco de prudencia porque no es conveniente que Isabel, su hija de usted, se imponga de lo que vamos á hablar nosotros.

Dª Esm.--Jesús! Ya mi viejito está chochando.

D. Ab.--El viejo ha abierto los ojos y tiene ahora el juicio más claro que hace veinte años. Dios ha creído necesario que yo no continuara engañado, y me ha proporcionado la oportunidad de saber que usted...., usted; vamos, no quiero ser grosero en esta hora cruel; digo, que Isabel, es hija de usted pero no mía. ¿He hablado con prudencia?

Dª Esm.--Cielo santo! Qué dices? Que yo; que Isabel no es nuestra hija? Loco, mil veces loco. ¿Quién ha sido el miserable que ha abierto un abismo tan grande entre nosotros? Pero, ¿tú lo supones? ¿Has oído esas palabras crueles sin caer muerto de indignación? Te atreves a sospechar que yo....

D. Ab.--Nada de actitudes serias que ahora le resultan a usted cómicas. Hay datos ciertos. Hay pruebas. ¿Conoce usted acaso á un señor D. Juan...?

Dª Esm.--Juan....! ¿Qué quieres decir? ¿Tú sabes lo que hablas, Abundio?

D. Abundio.--Defiéndase usted si puede.

Dª Esm., (cae de rodillas y llora). Piedad, piedad, Jesús mío! Dadme fuerzas para hablar. (Silencio).

D. Ab.--Debo pues....

Dª Esm. -- Escúchame, Abundio. Mírame a los ojos y dí luego que te he engañado. Revuelve el fondo de mi alma para que contemples la ternura de mi amor y la pureza de una mujer honrada. ¿Lo oyes? Honrada! (Levantándose). Y si tú ahora no lo crees así, si piensas que no he sabido ser digna, entonces no me mereces y eres un desgraciado!

D. Ab. -- Un desgraciado, sí, porque a usted la quise con toda mi alma, y ahora ha caído una sombra envolviendo mi felicidad.

Dª Esm.--Miserable!

D. Ab.--¿Quiere usted ver lo que escribió hace algún tiempo? Tengo aquí un billete, escrito por usted, tan corto como elocuente; y que así como significa poco para un particular, para el que ha sido su marido, sí dice mucho. Oiga usted. (Saca el papel y lee): «JUAN, HOY A LAS ONCE DE LA NOCHE SIN FALTA EN EL JARDÍN. --- ESMERALDA».

Dª Esm.--Yo lo escribí; es cierto!

D. Ab., (aparte) Ha confesado.

Dª Esm.--Pero dí ese paso por salvar a alguien... No lo escribí por mí; lo juro ante Dios. Soy inocente!

D. Ab.--Por salvar a quién? Hable! (Pausa). ¿Por qué calla?

Dª Esm.--Hay secretos que no pueden revelarse,

porque mancharían el alma que les dió abrigo y calor. Son puros donde están, pero si asomaran a los labios, el aire corrompido del crimen los mancharía.

D. Ab.--Débiles excusas, palabras sin sentido.... No puede defenderse.

Dª Esm.--Por Dios, Abundio! En la desesperación, una mujer acusada miserablemente, no puede defenderse. Yo no sé lo que digo.

D. Ab.—Claro; no puede hablar usted ante prueba tan irrecusable.

Dª Esm.--Pero ¿te empeñas en confundirme? ¿Ya no te merece confianza la que ha sido tu mayor consuelo? No lloras de vergüenza al lanzarme el único insulto que para mí ha salido de tus labios? Nuestra vida de ternura y de dicha sin igual, ¿podrá caer desmenuzada a nuestros pies, por tu irreflexión, por tu ceguedad, por la calumnia?

D. Ab.— Terminemos ya. Perdería la cabeza si continuara oyendo sus falsedades. Ahora nos despedimos para siempre. Usted procurará que en lo posible, ignore Isabel detalles de esta separación, cruel pero necesaria. Quedará usted con su hija en esta casa, y ambas tendrán lo necesario para vivir. En la mesa queda un cheque por veinticinco mil colones. Es suficiente. (Pausa). Una advertencia. Si alguien preguntara por el motivo de nuestra ruptura, dirá usted que yo he sido el culpable. Actos de violencia, mal carácter; todo, todo, lo que usted quiera presente en contra mía como motivo de nuestra separación. Y tenga la seguridad de que de mis labios jamás saldrá una palabra imprudente que va-

ya en menoscabo de su honor. Para las gentes usted seguirá siendo la esposa fiel; para mí ...

Dª Esm.—Dilo, dilo. Para tí, la infiel y desdichada. ¿No es eso? Pues bien. Ya que tú mismo te ciegas y no quieres creerme, ya que dudas de mi honradez, ya que no tienes fe en quien te consagró la mayor parte de su vida, ofreciéndote pureza, ternura y sacrificios; ya que no juzgas honrada a la que ha vivido a tu lado libre de toda impureza; despídete para siempre y márchate ahora mismo, no sólo por tu capricho sino también por mi deseo, porque no es digno de estar a mi lado el que ha puesto en duda mi honor, ofendiendo su honor mismo, y a Dios misericordioso que conoce mi inocencia. Vete, Abundio! Y dí a las gentes, si quieres, que para tí no soy pura. No importa. La conciencia no me inquietará el sueño. Recoge el cheque, porque no quiero tu didero que me quemaría las manos. Viviré con el alma destrozada por una separación injusta, pero no corrompida por la deshonra. Dios sabe que soy honrada, y él me protegerá. Te desprecio, miserable! Vete ya! Vete!

D. Ab., (aparte). — Me desprecia! La aborrezco! (Pausa). Ya me voy. Usted sabe que como única solución se imponía esta separación. Me marcho a vivir solo y desgraciado, porque no quiero seguir aquí humillado por la deshonra. Adiós!

Dª Esm.—Para siempre.

D. Ab., (encaminándose a salir por la derecha). —Señora, a los pies de usted.

Dª Esm.—Por ahí no, señor. Está allá dentro mi hija y la ofendería usted con su presencia.

D. Ab., (aparte).—Altivà hasta en la desgracia.

Dª Esm.—Por la otra puerta. A la calle! A la calle!

D. Ab., (saliendo lentamente por el foro). Dios mío! Dios mío!

Dª Esm., (cayendo en unà silla cuando se ha quedado sola), Abundio....! Abundio....!

ACTO SEGUNDO

Pequeño saloncito de la misma casa destinado por Dª Esmeralda para recibir las visitas de confianza, para taller de costura y lugar de oración. A la derecha del actor, un reclinatorio. A la izquierda, una mecedora grande y cómoda, que es el asiento preferido por la anciana.

Es de noche.

—

(Al levantarse el telón aparece Dª Esmeralda sentada en su poltrona, haciendo encaje. Su rostro, melancólico, refleja dolor inmenso. Isabel, también triste, limpia y arregla la salita).

ISABEL.--Mamacita, Pablo tarda hoy. ¿Habrá ocurrido alguna novedad?

Dª ESM.--No te inquietes, Isabel. El hombre goza martirizando a la mujer que le ha puesto cariño. Estas canas....! Cuando yo estaba como tú....Bueno, Abundio era muy.... (Solloza al recordar a su marido).

ISABEL.--Ya salió papá. Te has propuesto llorar día y noche. (Besa a Dª Esmeralda). Aquí estoy yo pasa consolarte.

Dª ESM.--Si, hija mía; pero ¿cómo quieres que no

llore, si nunca hubiera pensado en...? ¡Vivíamos tan felices! Transcurrían los días tan dichosos que yo no me daba cuenta de que soy una vieja con los últimos días muy contados. Hasta el momento de nuestra separación no comprendí esa amarga realidad. Dos semanas de angustias, de sobresaltos, de llorar constantemente y sólo con la vaga esperanza de que....

ISABEL.--Hay que tener confianza en Dios.

Dª ESM.--Si no fuera por eso, habría muerto de dolor. Pensando en Él, obtengo consuelo; rezándole, sueño con la esperanza; arrodillándome y alzando los ojos hacia el cielo, siento una voz interior que me dice que espere, y que tenga fe y confianza en la misericordia divina.

ISABEL.--Ay! (Escuchando atentamente). Siento pisadas en el cuarto contiguo. Será....?

Dª ESM.--Quién?

D. SEG., (entrando por la derecha). Un servidor de confianza....

Dª ESM., (levantándose). Su llegada es siempre consoladora.

ISABEL.--Buenas noches, D. Segismundo.

D. SEG.--Hola, hija. Esperando, no?

ISABEL.--Para qué? Tendré que esperar toda la vida....

D, SEG.--No hay que desesperar. Mis pesquisas van bien encaminadas. Ya resultará.

Dª ESM.--Que se aclare todo pero que no haya otra víctima. (Sale Isabel por la izquierda).

D. SEG.--Tengo la firme convicción de que todo se arreglará bien.

Dª Esm.--Dios le escuche.

D. Seg.--Y ya que se ha marchado Isabel, quiero Dª Esmeralda, que usted me dé luz en un asunto... (Toma asiento al lado de la anciana, que se ha vuelto a sentar). Porque hay una circunstancia bastante comprometedora, que es quizás el obstáculo más serio que yo he encontrado.

Dª Esm.--Ya adivino. La carta maldita que escribí a Juan. ¿No es eso?

D. Seg.--Justo.

Dª Esm.--Pues en verdad....

D. Seg.--Usted sabe que a mí puede hablarme con toda confianza.

Dª Esm., (en un arranque de sinceridad).—Quiero serle franca, D. Segismundo. Yo escribí ese billete por....(Arrepintiéndose de confesar). No, no, no! Imposible revelar secreto tan espantoso. Esa carta, la escribí, amigo mío, por salvar a alguien, pero no puedo decirle a usted, ni a Abundio, ni a nadie, el nombre de esa persona. Si mi inocencia no puede brillar sin tener que recurrir a ese medio, tendré que resignarme a seguir viviendo desgraciada. Muchas veces he dicho que soy inocente y que estoy ajena a toda mancha. Si no merezco confianza, que no me crean, pero yo no puedo salvarme cometiendo un crimen, pues eso nada menos implicaría la revelación del espantoso secreto de mi desdicha. El se irá conmigo a la tumba. Ya ve, mi apreciado D. Segismundo, que la defensa es difícil.

D. Seg.--Lo comprendo, Dª Esmeralda, y respeto profundamente su determinación; pero yo trataré de averiguar la verdad por otros medios, porque es mu-

cho lo que aprecio el hogar de usted, para que no encamine todos mis empeños a aclarar lo que tanto nos preocupa. Su inocencia, ni un momento la he puesto en duda, pero Abundio, atolondrado por su amor, piensa lo contrario....

Dª Esm., (sollozando).--Abundio, Abundio....

Pab., (entrando por la derecha).--Buenas noches.

D. Seg.--Pablo!

Dª Esm.--Buenas noches.

Pab.--¿Importuno ahora?

Dª Esm., (sonriendo).-- De ninguna manera. Hablábamos de nuestro tema, que ya va siendo eterno.

Pab.—¿Y hay algún otro dato favorable, aparte de los que ya conozco, mi querido D. Segismundo?

D. Seg.--Bastantes, bastantes. Pero todavía estábamos a mitad del camino; hay cosas sin aclarar....

Pab.--Don Segismundo: usted debiera haber permitido que yo le quitara la vida a Andrés en aquella oportunidad. ¡Qué infamia!

D. Seg.--Nada habríamos adelantado. Aquí lo que urge es aclarar el misterio porque los dos ancianos van a morirse de pesar. (Pausa). Pero estamos perdiendo el tiempo; yo voy a ver a Abundio....¡Pobre hombre! Adiós, adiós.

Dª Esm. — Vuelva usted pronto, D. Segismundo.

D. Seg.—Sí, sì. (Sale por la derecha).

Pab.--Hasta luego.

Dª Esm., (a Pablo).--Dios le pagará a este buen amigo.

Pab.--Es una excelente persona.

Isab., (entra por la izquierda y saluda a Pablo con una inclinación de cabeza).--¿Se ha marchado D. Se-

gismundo? Tan bueno! Sufre a la par nuestra. Ya no habla de investigación, ni trae su niño, ni da bromas. Sólo piensa en nosotros.

Dª Esm., (saliendo por la izquierda).-- ¡Qué cruz tan pesada! Pero es necesario llevarla hasta el fin. (Pausa).

Pab.--Isabel, échale unas paladas de tierra a tu pesar, porque de lo contrario vas a enfermar.

Isab.--¿Qué quieres! Podré estar indiferente cuando ha sido destruida la felicidad de mis padres....y la mía?

Pab.--¿Por qué la tuya?

Isabel. -- Inocente! Porque si el misterio no se aclara satisfactoriamente, nuestro casamiento será poco menos que un imposible. Tus padres, la gente. Oh! Qué pena! (Silencio).

Pab.--Isabel, ya se despejará nuestro cielo.

Isabel.--Nuestro cielo! ¡Qué desdichada soy!

Pab.--No olvides que los dos sufrimos juntos, por que mi corazón sólo sabe latir al lado del tuyo. Así... (La abraza con ternura). Juntos, unidos, desdichados....

Isabel.--No debí haberte conocido nunca....

Pab.--Por qué? Te arrepientes?

Isabel.--No, pero ahora no lloraría tanto.

Pab.--Lloramos los dos, y siempre es un consuelo que haya alguien que haga propias nuestras penas y llore con nosotros; que recoja nuestros suspiros y se embelese mirándonos; que enjugue nuestras lágrimas y recoja la ternura de nuestro corazón; que nos dé palabras de esperanza y escuche nuestras frases de amor; y que nos haga olvidar, en el éxtasis de

un beso, los sufrimientos de la existencia. Isabel.... (Se besan y quedan embelesados). (Pausa).

ISABEL.--Todo un sueño. Otra vez la realidad, la horrible realidad.

PAB.--Cuando hablas así, quisiera vengarme de Andrés, el verdugo de nuestra dicha. Verle solo, escupirle a la cara, humillarle, abatirle, hacerle llorar, y luego, arrancarle la vida, mordiéndole las entrañas; eso, eso quisiera yo!

ISAB.--Pablo, no te exaltes. Piensa que él ha estado enamorado de mí, y que ese amor le ha trastornado el sentido. A veces siento también que se anida en mi pecho la venganza, pero a la vez, salta un sentimiento de piedad que me hace reflexionar. Al desgraciado que comete una villanía hay que verle con lástima y perdonarle. Sí. ¿Por qué no perdonar? El perdón! ¡Qué sublime venganza! Un alma que no sabe de perdón es una flor sin perfume, un altar sin custodia, una llama sin resplandor. El perdón es la aurora de un nuevo día para los corazones enfermos. El perdón es concordia y es amor: concordia, porque olvida y da un beso de paz a la conciencia; y amor, porque une las almas y las levanta, dignificándolas. Perdonar equivale a sembrar: sembrar ternuras en las almas para recoger bendiciones.

PABLO.--Me haces vacilar, Isabel. Me comunicas tu pureza. Así te quiero, noble, generosa, despidiendo piedad y dulzura. Cada día penetras más en mi corazón, saturándolo de amor. Bendita seas....! Isabel....! Mi único cariño, mi futura esposa....!

ISABEL, (suspirando).—Tu futura esposa....! Ay!

Sin quererlo, las lágrimas brotan de mis ojos cuando hablamos de nuestro casamiento.

PABLO.--No te pongas triste. No llores más; tengo fe en nuestra dicha. Cuando todo se aclare seremos dichosos, y si no....!

ISABEL.--Y si no....

PABLO.--No hablemos más de estas cosas. Me voy porque quiero pasar a casa de tu padre para consolarle un poco.

ISABEL.--¡Cuánto diera yo por estar a su lado! (Pausa). Pero él no quiere que yo vaya porque dice que no soy su hija.... Pobre mamá.

PABLO.--Si vieras a D. Abundio! Ha descuidado los negocios y no sale de su nueva casa. Con frecuencia le encuentro hablando solo en su desordenada habitación y repartiendo puñetazos en el aire, como si hubiera perdido el sentido. A ratos da miedo. Grita y se muerde las manos con desesperación. Desdichado D. Abundio!

ISABEL.--Viene mamá....

Dª ESM., (entrando por la izquierda). Nada, que no estoy tranquila en ninguna parte. Pero más me atormento sola, y por eso me he venido a este cuarto que encierra mis júbilos y mis sufrimientos también. Si tengo una alegría, a celebrarla a mi cuarto de labor; si una pena, aquí me vengo a llorar. Este modesto cuartito me consuela un poco. (Pausa). Ustedes han hablado bastante, no? Y han peleado también, porque Isabel tiene húmedos los ojos.

ISABEL.--No, mamacita, no; conversábamos de nuestra desgracia.

PAB.--Sí, de nuestra desgracia.

Dª Sus., (entrando por la derecha).--Muy buenas noches para todos.

Pab.--Señora....

Isabel.--Tía Susana!

Dª Esm.--Hermana mía! (Susana besa a Dª Esmeralda y a Isabel). Jesús! Hace bastantes dias que no te vemos....

Dª Sus.--Los achaques de las viejas. (Todos se sientan, menos Pablo que tiene el propósito de marcharse).

Pab.--Usted me perdonará, Dª Susana, pero tengo que irme a arreglar un asunto urgente. Isabel sabe. Espero que no atribuya usted a descortesía mi actitud.....

Dª Sus.--Oh! No, Pablo. Está usted dispensado. (A Dª Esmeralda). Qué pareja tan simpática!

Isabel.--Gracias, en nombre mío y del socio. (Señalando a Pablo). Es un inglés muy serio, verdad? (Risas).

Pab.--Terminarán ustedes por entretenerme. Bueno, me marcho; vendré luego, si me es posible. Buenas noches o hasta luego (Sale por la derecha).

Dª Esm.--Buenas noches.

Dª Sus.--Buenas noches.

Isab.--Hasta luego, Pablo. (Cuando se ha marchado Pablo, levántase Dª Susana y besa con efusión a sus parientes).

Dª Sus.--No saben ustedes cuánto he llorado. (Silencio).

Isabel.--Usted sabía, tía?

Dª Sus.--Sí

Dª Esm.--¿Quién te ha dicho?

Dª Sus.--Mi hijo. Esta mañana me llamó Andrés a su cuarto, me besó cien veces y me abrió su desdichado corazón. Todo me lo dijo. Su desesperación, su pena inmensa, y la villanía que llevó a cabo.... Todo, todo! Si le vieran ustedes ahora, no le conocerían; pálido, triste, con los ojos hundidos y el andar vacilante, como si acabara de sufrir una fiebre. Habla muy raras veces y sólo quiere estar a mi lado, porque de seguro, mis palabras le consuelan. Pero al consolarle, lloro yo más que cuando él no me ve. La honda pena de ustedes es la pena mía. Tú sabes Esmeralda, que yo soy la única culpable, la impura! (Después de una pausa y en voz baja). La deshonrada!

Isabel.--Cómo?

Dª Sus.--Sì, la deshonrada. Debes saberlo, Isabel: tu madre se ha sacrificado por salvarme de la deshonra. Pero yo no puedo consentir....(Pausa).

Dª Esm. -- Ya que estoy perdida, no te empeñes en confesar la verdad. Me he resignado con mi suerte.

Dª Sus.--Hermana, el sacrificio que te impusiste por salvarme, es un acto de heroìsmo que Dios bendice pero que yo no puedo consentir. Y no lo he consentido. Después de la revelación que me hizo Andrés, sin vacilar escribí a Abundio y a Pablo, apareciendo yo como la única culpable, como la mujer impura que no supo guardar su honor... Bueno, yo no sé si soy mala por haberme entregado a quien amaba, y porque no podía soportar la presencia de un hombre al cual me uní sin cariño alguno, sólo por satisfacer el interés de mis padres. Tù lo sabes, Es-

meralda. Mala o buena, el hecho es que he comunicado a tu esposo y al prometido de Isabel, la verdad; la horrible verdad de mi deshonra. Detalladamente les expliqué, cómo en aquella ocasión que nunca olvidaré, enviaste un billete a Juan, dándole una cita para convencerle de que debía separarse para siempre de mí.

ISABEL.--Jesús!

Dª SUS.--Esa carta terrible Juan me la devolvió y yo la guardé como un recuerdo de tu desprendimiento y de amor fraternal; pero la fatalidad la colocó ante los ojos de Andrés y Andrés se encargó de quitarnos la tranquilidad a todos. (Dª Esmeralda llora). No llores, Esmeralda....

Dª ESM. -- ¿Cómo quieres que no llore por tu suerte?

ISABEL.--Calma, mamacita....

Dª SUS.--Bendita seas, Esmeralda. Yo pequé y debo soportar el justo castigo que me corresponde. Desgraciada, pero justa. Desgraciada, muy desgraciada....(Llora).

ISABEL.--Tía Susana.

Dª SUS.--Sólo una cosa pido a ustedes y han de prometerme cumplirla.

Dª ESM.-- Sí. ¿Qué deseas?

Dª SUS.--Que mi hijo, mi Andrés, ignore siempre mi falta. El ya ha oído de mis labios que tú eres inocente, pero toda la verdad no la conoce. Tiene conocimiento de que otra mujer es la deshonrada, pero no sabe que esa mujer soy yo. ¡Dios quiera que no lo sepa nunca! Es lo único que les pido...

Dª Esm.—Te lo prometemos en nombre del mismo cariño que tú mereces.

Isabel.--Nunca diremos nada.

Dª Sus.--Eso esperaba de ustedes. Ahora, me voy. No quiero que me encuentre aquí alguna otra persona y me vea tan llorosa.

Dª Esm.--Quédate Susana.

Dª Sus.--No. Volveré otro día a escuchar tus palabras consoladoras, porque ahora necesito un corazón noble como el tuyo que me fortalezca en mi desdicha. Adiós, adiós; y no llorar más. En esta casa ha vuelto a cantar el pájaro de la felicidad; en el hogar mío.... ¡Qué necia soy! Adiós.

Isabel.--Adiós tía. (Besando a doña Susana).

Dª Esm.--Adiós Susana. (Besando a doña Susana). (Márchase por la derecha, la hermana de doña Esmeralda).

Isabel, (besando efusivamente a su madre).--Mamá, mamacita!

Dª Esm.--Hija mía...

Isabel.--Ahora seremos todos felices. Pablo y yo nos casaremos pronto, y tú y papá os reuniréis. ¡Qué felicidad!

Dª Esm.--Sueñas nada más, porque no podemos ser tan dichosos como piensas. Tu casamiento se efectuará, no quiero dudarlo, pero Abundio y yo no nos reuniremos. Para siempre nos despedimos. (Solloza). El se mostró cruel y me insultó, y yo, altiva porque soy inocente, le contesté como debía. Seguiré sufriendo la separación y viviré desgraciada, pero tranquila, muy tranquila, porque Abundio tiene ya pruebas de mi pureza. Sólo siento

el sacrificio de Susana. ¡Ofrecer a todos, los detalles de su deshonra por salvarme....!

ISABEL.—Era su deber. Su silencio habría sido criminal. (Pausa). Pero papá vendrá seguramente. Sería injusto si por tu capricho... por tu orgullo...

Dª ESM.—El podrá intentar la unión, pero estoy resuelta a rechazarla. Le manifesté que nos despedíamos para siempre, y para siempre nos separamos. ¿Piensas tú que es poco lo que me ha hecho sufrir Abundio? Mira Isabel. Cuando nos vimos por última vez, yo sentí que perdía la cabeza y casi hago una locura. Ya me ves tan vieja. Pues en aquellos momentos me sentí fuerte y valerosa, seguramente porque mi inocencia me daba ánimo, y tuve intenciones de tomar a Abundio por el cuello y estrujarle contra mi corazón, y mortificarle, y clavar las uñas en su carne como lo haría una fiera, y apretarle con todas mis fuerzas hasta que saltaran sus ojos que ya no sabían comprenderme, y se extinguiera para siempre su voz, para que nunca más salieran de sus labios las palabras quemantes que destrozaron mi vida! Pero digo disparates. Tú, Isabel, no sabes todavía de estremecimientos del alma y de verdaderos pesares.

ISABEL.—Mamacita, ¿qué te pasa? Dices tonterías. Los sufrimientos, las inquietudes, el no dormir, te han debilitado. Vamos, no llores más. Con papá o sin él, siempre estaré a tu lado. Alégrate, quiero verte contenta. Ya han proclamado tu inocencia los extraños. Para mí siempre has sido digna, Aunque todas las gentes te insultaran con sus miradas maliciosas, aunque dudaran de tu honradez, pa-

ra tu hija eres siempre buena y santa. Yo mejor que nadie puedo leer en el fondo del alma, porque conozco los secretos más dulces de tus miradas. Y ya ves. Ha declarado tu honradez tía Susana, a quien Dios perdone. Hoy me siento más feliz que nunca. Pero, ¿sigues llorando?

Dª Esm.--Dame un beso, Isabel. Tus palabras me dan ánimo y consuelo. Abundio no llegará más aquí, pero tù seguirás alegrando la casa con tu risa inocente, y tus locuras, y tus cantos, y tus entusiasmos.

Pablo, (entra por la derecha. Viene con el semblante alegre. Trae el sombrero puesto, y hasta unos momentos después de haber entrado en escena, se lo quita).—Isabel, doña Esmeralda. He tenido que darle vuelta a toda la casa para encontrarlas. Doña Esmeralda: su inocencia se ha manifestado y nadie puede sospechar ya. Que sea yo el primero en felicitarla y en decirle que don Abundio ha saltado de alegría como un chiquillo cuando hubo leído la carta de doña Susana. Cuando salí de esta casa corrí a la de mi futuro suegro, y allì me esperaba un mozo con una carta de doña Susana. Nunca habría adivinado. Rompí el sobre con precipitación, leí la carta sin comprenderla al principio, tal era la inquietud que tenía, y cuando volviéndola a leer comprendí la nueva que encerraba, fuí al aposento de don Abundio y le dí más de cien abrazos que él recibió con verdadera satisfacción. Don Abundio llorabà de alegría y no terminaba de dar gracias al cielo por la venturosa noticia.

ISABEL.—Gracias a Dios!

PABLO.—También otra persona ha dado informes muy satisfactorios: don Segismundo, el bueno de don Segismundo, quien, con tenacidad que yo nunca terminaré de alabar, se propuso aclarar ciertos detalles. Y el éxito ha coronado su obra.

ISABEL.—Tan bueno!

Dª ESM.—Sí.

PAB.—D. Abundio me manifestó, entre risas y lágrimas, que no esperaba más que serenarse un poco para venir a postrarse de rodillas ante su digna esposa. Yo no quise esperarle; salí a la calle sin despedirme de él, que en vano me llamaba, y eché a correr como un loco deteniéndome sólo unos momentos para hablarle a doña Susana, a quien hallé cerca de esta casa.

Dª ESM.—Pobre Susana!

PAB.—Poco me faltó para abrazarla. Iba llorando. Me preguntó por don Abundio, y que si venía a encontrarse con su esposa.

Dª ESM.—Inútil. No creo que venga, y si lo hace, todo será en vano. Así como tuve entereza y suficiente carácter para rechazar las palabras crueles de Abundio, que distanciaron nuestros corazones, y determinaron la separación, tengo ahora el valor y la fuerza necesarios para mantenerme en el lugar debido. Separados para siempre....., ya lo he dicho. Para siempre! Sépanlo ustedes.

ISABEL.—Mamá!

PAB.—Dª Esmeralda, piense usted en su hija.

Dª ESM. — Por ella precisamente, procedo así. Tengo que enseñarla a ser orgullosa. Mis años, que

son bastantes, no me han hecho perder la dignidad. Una mujer ofendida debe manifestarse altiva, y, con mayor razón, si el ofensor es una persona que vive en el alma. Abundio no debe volver a esta casa. Seré firme.

PAB.—Pero...., piense usted que....

Dª ESM.—Dispénseme, Pablo, pero en asuntos del alma yo no escucho a nadie. El corazón es un tirano que no admite reflexiones ni consejos.

ISABEL.—La impresión..., la debilidad...

Dª ESM.--Virgen mía, dadme valor!

PABLO, (aparte a Isabel).--Todo es inútil. No insistamos ahora.

D. SEGIS., (entrando por la derecha).--No se podrán quejar ustedes de mi. Soy el primero en venir a felicitar...

PABLO.—Usted perdonará, don Segismundo, pero el primero he sido yo...

Dª ESM.--Los dos merecen mi eterno agradecimiento.

D. SEGIS., (a Pablo).--No creí...

ISABEL.—Lo que es a don Sgismundo le doy un abrazo. (Se lo da).

D. SEGIS.--Muy complacido.

PABLO, (a don Segis.).--Olvida usted que estoy yo aquí.

D. SEGIS.--Calla tú ahora, egoísta, que bastante tiempo tendrás para abrazarla a tu antojo. Ahora soy yo el dichoso y tú el que te chupas el dedo.

ISABEL.—¡Disputando por tan poca cosa..!

Dª. ESM.--Niños, niños...

ISABEL.--Yo creo que don Segis., con nuestro

asunto, ha olvidado hasta los libros de detectivismo.

D. SEGIS.--Oh, el detectivismo! Hace dias, ciertamente, que no me ocupo de eso, pero estoy muy satisfecho, muy satisfecho.

ISABEL.--Tan generoso!

D. SEG.—Olvidaba decirles que Andrés viene detrás de mí. Veníamos juntos, pero un amigo le detuvo y se ha quedado rezagado. No debe tardar. Está ese hombre muerto de dolor. Me ha dicho que se va del país, arrepentido de su villanía, pero que desea llevar como bálsamo para su angustiado corazón, el perdón de doña Esmeralda.

ISABEL.—El perdón....Pobre Andrés!

PAB.—La acción de Andrés no tiene perdón.

ISABEL.—Calla, Pablo.

Dª ESM.—Andrés es un desgraciado. Si supiera toda la verdad....! Si llegara a conocer la deshonra de su madre....! Mi hermana! Qué pesar!

D. SEG.—Chist! Alguien se acerca.

PAB.—Quisiera no estar aquí, porque si es Andrés el que llega, temo no poderme contener.

ISABEL.—Me has ofrecido respetar su dolor.

D. SEG.—Andrés tiene suficiente castigo con su desdicha.

AND., (entra por la derecha, vacilante, nervioso, pálido, con los cabellos desordenados y la mirada extraviada. Al entrar, balbucea algunas palabras que casi no se escuchan).—Yo....no....no puedo....(Con la cabeza metida entre ambas manos, Andrés avanza hacia el fondo de la sala). Verdad que....pero, ¿será posible? Dios mío! (Silencio. Isabel contempla a Andrés con dolor). Soy un criminal y merezco la

muerte. Tú, Pablo; don Segismundo,....cualquiera, pero pronto; que me den muerte como a un perro. Sólo eso deseo. Me faltan fuerzas para arrojarme a los pies de doña Esmeralda. No tengo valor para encontrarme con los ojos de Isabel y pedirle una mirada de compasión. No merezco.....Perdonen si les ofendo estando en esta casa...., pero yo debo marcharme al Exterior para siempre....para siempre, y quiero que una palabra de piedad brote de los labios de la anciana venerable...., para no llevar solo mi eterno dolor, mi eterna desgracia, mi infeliz existencia.....Dios santo!

ISABEL, (en voz baja).—Desdichado Andrés. (Súbitamente entra por la derecha don Abundio; viene alegre pero tímido. No ve a Andrés que se ha colocado hacia el foro).

D. AB.--Un momento! He vuelto a la vida. Gracias, Dios de los buenos!

ISABEL, (besando a don Abundio).—Papá!

D. AB.—Isabel!

D. SEGIS. (a don Abundio). — Hombre, ya era tiempo...

PABLO.—Don Abundio...

D. AB., (mirando de hito en hito a doña Esmeralda).--Esmeralda, mi Esmeralda... Aquí estoy yo, tu Abundio... Salí de esta casa, loco, sin luz en los ojos, sin paz en el corazón, y prometí irme para siempre de este rinconcito de cariño y ternura que ha recogido mis ansias y mis ensueños. Para siempre! Ah! Dios misericordioso se ha apiadado de mí; ha descorrido el velo que mi entendimiento tenía, para que aparecieras hoy, Esmeralda de mi

vida, más pura que nunca! (Pausa). Vuelvo para no apartarme más de tu lado, inocente esposa mía, y para gritar con todas mis fuerzas que eres honrada y digna de mi cariño...

Dª Esm.—Ya sé que soy honrada y eso es suficiente.

D. Ab.—Pero mira.... medita..... Yo hablo.... Tú no sabes el estremecimiento que todo mi ser sufrió al saber...., no quiero ahora hablar de eso. El mismo cariño me cegó, y no supe entonces de mí. No podría repetir las últimas palabras con que nos separamos, porque yo hablaba maquinalmente, sin medir los conceptos y pensando sólo en mi deshonra. ¡Qué perfidia! Yo no sé cómo hablarte. (Con ternura). Tú sabes que siempre....No puedo explicarme....La voz se ahoga en mi garganta. Yo no sé cómo pedirte....

Dª Esm.—¿Qué pretende usted?

D. Ab.--Ahora es mi Esmeralda la que no me habla de tú. (Pausa). Apiádate de mí.

Andrés, (aparte).--Todo por mi culpa.

D. Ab.---Perdóname, esposa mía. Este desasociego en que me encuentro terminará por ahogarme. No te muestres orgullosa ante mi dolor. Yo no podré vivir sin ti, Esmeralda. Dí que me perdonas, que ya no me guardas rencor, que tras mi atolondramiento del otro día, has visto el inmenso cariño de tu esposo. Habla.... habla.... Esmeralda apiádate de mí! No seas cruel....

Dª Esm.--Cruel fué nuestra separación, pero ya me he acostumbrado a la nueva vida. Aquel día no me quiso oír usted, ni pude tener calma para pen-

sar con serenidad en mi desdicha. Y ahora pretende que yo le escuche!

D. Ab.--Esmeralda! Tú eres pura, generosa y digna. Perdóname.

Dª Esm.--Por pura imploré piedad en aquella tarde funesta; por generosa no me vengué; y por digna le manifesté que nos separábamos para siempre; y hoy por digna también le digo a usted que soy inflexible y que no podré olvidar su ofensa, la única ofensa que usted me ha dirigido, y la única que nos separó para siempre. No hay más que hablar.

D. Ab.--Esmeralda! Perdóname.

D. Seg., (a doña Esmeralda).—Vea que....

Pab.--Doña Esmeralda....(Suplicando).

Isabel.--Mamá, te lo pide tu hija.

Dª Esm.--No, no y no! ¡Mil veces no!

D. Ab., (cayendo de rodillas a los pies de doña Esmeralda).--Mírame de rodillas a tus pies. (La besa una mano). No me hagas padecer tanto. Moriré si no me perdonas.

Dª Esm., (mirando con ternura a don Abundio).--Jesús!

D. Ab., (levantándose al ver sollozando a doña Esmeralda).--Vida mía! (Se miran unos instantes los dos, y se besan, quedando unos momentos embelesados.)

And.—Así, así.... Piedad para mí....(Solloza).

D. Ab., (reparando en Andrés). -- Usted aquí, villano?

Pab.--Una amargura debe pagarse con otra amargura. Quiero contarle a usted, Andrés, algo que no sabe; el resto de la historia, su....

Dª Esm.--Silencio, Pablo, Silencio. Un alma generosa no paga una villanía con otra villanía. Le prohibo que ofenda la pena de Andrés, revelándole toda la historia. Bastante castigo tiene con el doloroso recuerdo de su acción, que siempre lo acompañará, quemándole el alma. Yo he hecho una promesa y debo respetarla.

D. Seg.--Andrés se ha arrepentido. Llora como un niño y ha resuelto abandonar el país, pero quiere llevarse un dulce consuelo....

And.--Perdón...Ya me voy, para no volver más... Perdón, doña Esmeralda. Ustedes serán felices, yo seré eternamente desgraciado. Perdón; una palabra de consuelo....

Isab. (acercándose a doña Esmeralda).--Que tu regalo de boda sea el perdón de Andrés.

Pab.,--Sí; doña Esmeralda....(Todos suplican con los ojos, menos don Abundio, que mira fieramente a Andrés).

And.—Perdón, perdón.....una palabra de consuelo....

Dª Esm., (mira a Abundio como para que apruebe lo que va a decir). Pues bien, sea! Perdón, sí, pero palabras de consuelo....¿Para qué? El secreto de nuestra reserva y el misterio de las palabras crueles que pugnan por salir de nuestros labios, son tu mejor consuelo. Vete! Perdonado, pero vete ya. Vete!

And., (cabizbajo, atraviesa la sala). Por fin! Dios los ha hecho felices....A mí....

D. Seg.—El que buscando su alegría trata de empañar la dicha de los demás, no hace más que des-

trozar su propia felicidad, ¡Qué dura y justa es la implacable mueca del destino!

AND., (saliendo por la derecha)--Horror! Dios santo! Ella impura....? La duda! La duda....!

CASA EDITORIAL
FALCÓ & BORRASÉ
San José. Costa Rica

DIRECCIÓN:
7.ª Avenida, Este, 42.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

SEP 0 6 1991	MAY 31 '93	

R2 ---897.286--- J615F
CLASSIFICATION NO. CUTTER NO. YEAR VOL

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028327962